



La Necesidad de la Oración

Edward M. Bounds

La Necesidad de la Oración

Autor(es): Bounds, Edward M. (1835-1913)

Editorial: Grand Rapids, MI: Christian Classics Ethereal Library

Descripción: En *La Necesidad de la Oración*, Edward Bounds, pastor y abogado del siglo XX, sugiere que la oración es una parte esencial de la vida del creyente cristiano. Él escribe: «el soldado cristiano, si pelea para vencer, debe orar mucho». Sin embargo, el libro de Bounds no es simplemente una lista de oraciones para que uno las trabaje, sino también un discurso sobre la naturaleza misma de la oración. Él conecta la naturaleza de la oración con otros aspectos de la vida cristiana, como la fe, la reverencia, la paciencia, la esperanza, el carácter, la conducta y la fidelidad. La pasión de Bounds por la oración—que lo impulsó a escribir nueve libros sobre el tema—brilla a través de esta obra, y no puede sino ayudar a motivar a aquellos que la leen a ver también la necesidad de la oración. Perfecto para el estudio individual, el libro de Bounds seguramente cambiará la forma en que uno ora.

Tim Perrine

Personal de CCEL

Materias: Teología práctica, Culto (Público y Privado) Incluyendo el año eclesiástico, símbolos cristianos, liturgia, oración, himnología, Oración

Contenido

Prólogo	4
I. ORACIÓN Y FE.....	6
II. ORACIÓN Y FE (CONTINUACIÓN).....	13
III. ORACIÓN Y CONFIANZA	22
IV. ORACIÓN Y DESEO.....	30
V. ORACIÓN Y FERVOR	38
VI. ORACIÓN E INSISTENCIA	43
VII. ORACIÓN E INSISTENCIA (Continuación)	49
VIII. LA ORACIÓN Y EL CARÁCTER Y LA CONDUCTA	54
IX. ORACIÓN Y OBEDIENCIA.....	61
X. ORACIÓN Y OBEDIENCIA (Continuación)	70
XI. ORACIÓN Y VIGILANCIA	74
XII. ORACIÓN Y LA PALABRA DE DIOS	82
XIII. ORACIÓN Y LA PALABRA DE DIOS (Continuación).....	89
XIV. ORACIÓN Y LA CASA DE DIOS	95

Prólogo

EDWARD McKENDREE BOUNDS no solo oraba bien para poder escribir bien acerca de la oración. Oraba porque las necesidades del mundo lo abrumaban. Oró durante largos años por temas en los que el cristiano común rara vez piensa, y por objetivos que los hombres de menor reflexión y fe siempre están dispuestos a considerar imposibles. Desde sus solitarias vigiliias de oración, año tras año, surgió una enseñanza igualada por pocos hombres en la historia cristiana moderna. Escribió de manera trascendente acerca de la oración, porque él mismo era trascendente en su práctica.

Así como la respiración es una realidad física para nosotros, así la oración era una realidad para Bounds. Él tomó el mandamiento: «Orad sin cesar» casi tan literalmente como la naturaleza animada toma la ley del sistema nervioso reflejo, que controla nuestra respiración.

Libros de oración —verdaderos manuales, no formularios de oración— fueron el fruto de este ejercicio espiritual diario. No breves artículos para la prensa religiosa salieron de su pluma —aunque había tenido experiencia en ese campo durante años—, no folletos, sino libros fueron el producto y el resultado. Fue obstaculizado por la pobreza, la oscuridad, la pérdida de prestigio; sin embargo, su victoria no fue reservada enteramente hasta su muerte.

En 1907, dio al mundo dos pequeñas ediciones. Una de ellas fue ampliamente difundida en Gran Bretaña. Los años siguientes hasta su muerte en 1913 estuvieron llenos de labor constante, y partió a la casa de Dios dejando una colección de manuscritos. Sus cartas contienen la petición de que el editor actual publicara estos productos de su pluma dotada.

La preservación de los manuscritos de Bounds hasta el tiempo presente ha sido claramente providencial. El trabajo de prepararlos para la prensa ha sido una labor de amor, que consumió años de esfuerzo.

Estos libros son pozos inagotables para toda una vida de extracción de agua espiritual. Son tesoros escondidos, forjados en la oscuridad del alba y en el calor

del mediodía, sobre el yunque de la experiencia, y batidos en una forma maravillosa por el poderoso golpe de lo Divino. Son voces vivientes mediante las cuales él, aunque muerto, aún habla. — C.C.

El prólogo anterior fue escrito por Claude Chilton, Jr., un ferviente admirador del Dr. Bounds, a quien debemos muchas obligaciones por sus sugerencias en la edición de los Libros de Vida Espiritual de Bounds. Enterramos a Claude L. Chilton el 18 de febrero de 1929. ¡Qué encuentro de estos dos grandes santos de Dios, de resplandeciente panoplia y gracia caballeresca!

HOMER W. HODGE.

Wilkes-Barre, PA.

I. ORACIÓN Y FE

«Un querido amigo mío, gran aficionado a la caza, me contó la siguiente historia: "Levantándome temprano una mañana", dijo, "oí el ladrido de una jauría de sabuesos persiguiendo a su presa. Mirando hacia un amplio campo abierto frente a mí, vi a un joven cervatillo cruzarlo, dando señales, además, de que su carrera estaba casi terminada. Al llegar a los barrotes del cercado, saltó por encima y se agazapó a menos de tres metros de donde yo estaba. Un momento después, dos de los sabuesos saltaron, y el cervatillo corrió hacia mí y escondió su cabeza entre mis piernas. Levanté a la pequeña criatura contra mi pecho y, girando una y otra vez, rechacé a los perros. Sentí entonces que todos los perros del Oeste no podían, ni debían, capturar a aquel cervatillo después de que su debilidad hubiera apelado a mi fuerza." Así sucede cuando la impotencia humana apela al Dios Todopoderoso. Bien recuerdo cuando los sabuesos del pecado persiguieron mi alma, hasta que, por fin, corrí a los brazos del Dios Todopoderoso.» -- A. C. DIXON.

EN cualquier estudio de los principios y procedimientos de la oración, de sus actividades y empresas, el primer lugar debe, necesariamente, otorgarse a la fe. Es la cualidad inicial en el corazón de todo aquel que se propone hablar con lo Invisible. Debe, por pura impotencia, extender manos de fe. Debe creer donde no puede probar. En el análisis final, la oración es simplemente la fe reclamando sus prerrogativas naturales aunque maravillosas: la fe tomando posesión de su herencia ilimitada. La verdadera piedad es tan verdadera, constante y perseverante en el ámbito de la fe como lo es en la provincia de la oración. Además: cuando la fe deja de orar, deja de vivir.

La fe hace lo imposible porque lleva a Dios a comprometerse por nosotros, y nada es imposible para Dios. ¡Cuán grande —sin calificación ni limitación— es el poder de la fe! Si la duda es desterrada del corazón y la incredulidad se vuelve extraña allí, lo que pidamos a Dios ciertamente sucederá, y al creyente le es concedido "todo lo que diga".

La oración proyecta la fe hacia Dios, y a Dios hacia el mundo. Solo Dios puede mover montañas, pero la fe y la oración mueven a Dios. En su maldición de la higuera, nuestro Señor demostró su poder. Después de esto, procedió a declarar que grandes poderes fueron confiados a la fe y a la oración, no para matar sino para dar vida, no para maldecir sino para bendecir.

En este punto de nuestro estudio, nos dirigimos a una declaración de nuestro Señor que es necesario enfatizar, pues es la piedra angular del arco de la fe y la oración.

«Por eso os digo: Todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24).

Deberíamos meditar bien en esa declaración: "Creed que lo recibiréis, y os vendrá". Aquí se describe una fe que se da cuenta, que se apropia, que toma. Tal fe es una conciencia de lo Divino, una comunión experimentada, una certeza realizada.

¿Está la fe creciendo o declinando a medida que pasan los años? ¿Permanece la fe fuerte y sólida en estos días, mientras la iniquidad abunda y el amor de muchos se enfría? ¿Mantiene la fe su firmeza, mientras la religión tiende a convertirse en una mera formalidad y la mundanalidad prevalece cada vez más? La pregunta de nuestro Señor puede ser, con gran propiedad, la nuestra: "Cuando el Hijo del Hombre venga", pregunta Él, "¿hallará fe en la tierra?" Creemos que la hallará, y a nosotros nos corresponde, en este nuestro día, velar por que la lámpara de la fe esté recortada y ardiendo, no sea que venga Aquel que ha de venir, y venga pronto.

La fe es el fundamento del carácter cristiano y la seguridad del alma. Cuando Jesús anticipaba la negación de Pedro y le amonestaba contra ella, dijo a su discípulo:

«Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte» (Lucas 22:31-32).

Nuestro Señor estaba declarando una verdad central; era la fe de Pedro lo que buscaba proteger; pues bien sabía que cuando la fe se derrumba, los cimientos de la vida espiritual ceden y toda la estructura de la experiencia religiosa se desploma. Era la fe de Pedro la que necesitaba ser guardada. De ahí la solicitud de Cristo por el bienestar del alma de su discípulo y su determinación de fortalecer la fe de Pedro mediante su propia oración todopoderosa.

En su Segunda Epístola, Pedro tiene esta idea en mente al hablar del crecimiento en la gracia como una medida de seguridad en la vida cristiana y como algo que implica fructificación.

«Y además de esto», declara, «poniendo todo empeño, añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, conocimiento; y al conocimiento, dominio propio; y al dominio propio, paciencia; y a la paciencia, piedad» (2 Pedro 1:5-6).

De este proceso de adición, la fe era el punto de partida: la base de las demás gracias del Espíritu. La fe era el fundamento sobre el cual se habían de construir las demás cosas. Pedro no ordena a sus lectores añadir a las obras, dones o virtudes, sino a la fe. Mucho depende de comenzar bien en este asunto de crecer en la gracia. Hay un orden divino del cual Pedro era consciente; y así continúa declarando que debemos poner diligencia en hacer firme nuestro llamamiento y elección, elección que se asegura añadiendo a la fe, lo cual, a su vez, se hace mediante la oración constante y ferviente. Así la fe se mantiene viva por la oración, y cada paso dado en esta adición de gracia sobre gracia va acompañado de oración.

La fe que crea una oración poderosa es la fe que se centra en una Persona poderosa. La fe en la capacidad de Cristo para hacer, y para hacer grandemente, es la fe que ora grandemente. Así, el leproso se aferró al poder de Cristo. «Señor, si quieres», clamó, «puedes limpiarme» (Mateo 8:2). En este caso, se nos muestra cómo la fe se centró en la capacidad de Cristo para actuar, y cómo aseguró el poder sanador.

Fue precisamente sobre este punto que Jesús interrogó a los ciegos que vinieron a Él para ser sanados:

«¿Creéis que puedo hacer esto?» pregunta Él. «Ellos le dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mateo 9:28-29).

Fue para inspirar fe en su capacidad de actuar que Jesús dejó tras de sí aquella última y gran declaración que, en el análisis final, es un resonante desafío a la fe. «Toda potestad», declaró, «me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18).

Además: la fe es obediente; va cuando se le ordena, como hizo el noble que vino a Jesús en el día de su carne, y cuyo hijo estaba gravemente enfermo.

Es más: tal fe actúa. Como el hombre nacido ciego, va a lavarse al estanque de Siloé cuando se le dice que se lave. Como Pedro en Genesaret, echa la red donde Jesús manda, al instante, sin cuestionamiento ni duda. Tal fe quita la piedra de la tumba de Lázaro con prontitud. Una fe que ora guarda los mandamientos de Dios y hace aquellas cosas que son agradables delante de Él. Pregunta: «Señor, ¿qué quieres que haga?» y responde rápidamente: «Habla, Señor, que tu siervo escucha». La obediencia ayuda a la fe, y la fe, a su vez, ayuda a la obediencia. Hacer la voluntad de Dios es esencial para la fe verdadera, y la fe es necesaria para la obediencia implícita.

Sin embargo, la fe es llamada, y con razón muy a menudo, a esperar con paciencia delante de Dios, y está preparada para las aparentes demoras de Dios al responder la oración. La fe no se desanima porque la oración no sea honrada inmediatamente; toma a Dios por su Palabra y le permite tomar el tiempo que Él elija para cumplir sus propósitos y llevar a cabo su obra. Está destinado a haber mucha demora y largos días de espera para la fe verdadera, pero la fe acepta las condiciones, sabe que habrá demoras en la respuesta a la oración, y considera tales demoras como tiempos de prueba, en los cuales tiene el privilegio de mostrar su temple y la firme materia de la que está hecha.

El caso de Lázaro fue un ejemplo de demora, donde la fe de dos mujeres virtuosas fue puesta a prueba: Lázaro estaba gravemente enfermo y sus hermanas mandaron llamar a Jesús. Pero, sin razón aparente, nuestro Señor tardó en

acudir en auxilio de su amigo enfermo. La súplica era urgente y conmovedora: «Señor, he aquí que el que amas está enfermo», pero el Maestro no se conmovió, y la ferviente petición de las mujeres pareció caer en oídos sordos. ¡Qué prueba para la fe! Además, la tardanza de nuestro Señor pareció acarrear una desgracia irreparable. Mientras Jesús tardaba, Lázaro murió.

Pero la demora de Jesús se produjo en aras de un bien mayor. Finalmente, se dirige a la casa de Betania.

«Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis; pero vayamos a él» (Juan 11:14-15).

No temas, oh creyente tentado y probado; Jesús vendrá, si la paciencia es ejercitada y la fe se mantiene firme. Su demora servirá para hacer que Su venida sea aún más ricamente bendecida. Ora sin cesar. Espera con paciencia. No puedes fracasar. Si Cristo se demora, espéralo. A su debido tiempo, Él vendrá y no tardará.

La demora es a menudo la prueba y la fortaleza de la fe. ¡Cuánta paciencia se requiere cuando llegan estos tiempos de prueba! Sin embargo, la fe cobra fuerzas esperando y orando. La paciencia lleva a cabo su obra perfecta en la escuela de la demora. En algunos casos, la demora es de la esencia misma de la oración. Dios tiene que hacer muchas cosas, antes de dar la respuesta final — cosas que son esenciales para el bien duradero de aquel que solicita favor de Sus manos.

Jacob oró con firmeza y fervor para ser liberado de Esaú. Pero antes de que esa oración pudiera ser respondida, había mucho que hacer con Jacob y por Jacob. Él debía ser cambiado, tanto como Esaú. Jacob tenía que ser transformado en un hombre nuevo, antes de que Esaú pudiera serlo. Jacob tenía que ser convertido a Dios, antes de que Esaú pudiera ser convertido a Jacob.

Entre las amplias y luminosas declaraciones de Jesús concernientes a la oración, ninguna es más cautivadora que esta:

«De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14:12-14).

¡Cuán maravillosas son estas declaraciones de lo que Dios hará en respuesta a la oración! ¡Cuán grande es la importancia de estas palabras resonantes, precedidas, como están, por la más solemne veracidad! La fe en Cristo es la base de toda obra y de toda oración. Todas las obras maravillosas dependen de la oración maravillosa, y toda oración se hace en el Nombre de Jesucristo. ¡Asombrosa lección, de maravillosa simplicidad, es esta de orar en el nombre del Señor Jesús! Todas las demás condiciones son depreciadas, todo lo demás es renunciado, salvo solo Jesús. El nombre de Cristo — la Persona de nuestro Señor y Salvador Jesucristo — debe ser supremamente soberano, en la hora y el momento de la oración.

Si Jesús mora en la fuente de mi vida; si las corrientes de Su vida han desplazado y suplantado todas las corrientes del yo; si la obediencia implícita a Él es la inspiración y la fuerza de cada movimiento de mi vida, entonces Él puede confiar con seguridad la oración a mi voluntad, y comprometerse a Sí mismo, por una obligación tan profunda como Su propia naturaleza, a que todo lo que se pida sea concedido. Nada puede ser más claro, más distinto, más ilimitado tanto en aplicación como en extensión, que la exhortación y la urgencia de Cristo: «Tened fe en Dios» (Marcos 11:22).

La fe cubre las necesidades temporales tanto como las espirituales. La fe disipa toda ansiedad indebida y preocupación innecesaria acerca de qué se comerá, qué se beberá, qué se vestirá. La fe vive en el presente y considera que el día basta para su propio mal. Vive día a día y disipa todos los temores por el mañana. La fe trae gran tranquilidad de mente y perfecta paz de corazón.

«Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado» (Isaías 26:3).

Cuando oramos: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy» (Mateo 6:11), estamos, en cierta medida, excluyendo el mañana de nuestra oración. No vivimos en el mañana sino en el hoy. No buscamos la gracia del mañana ni el pan del mañana. Aquellos que viven en el presente viviente prosperan mejor y obtienen más de la vida. Oran mejor quienes oran por las necesidades de hoy, no por las del mañana, las cuales podrían hacer nuestras oraciones innecesarias y redundantes por no existir en absoluto!

Las verdaderas oraciones nacen de las pruebas presentes y de las necesidades presentes. El pan para hoy es pan suficiente. El pan dado para hoy es la más fuerte prenda de que habrá pan mañana. La victoria de hoy es la seguridad de la victoria de mañana. Nuestras oraciones necesitan estar enfocadas en el presente. Debemos confiar en Dios hoy y dejar el mañana enteramente con Él. El presente es nuestro; el futuro pertenece a Dios. La oración es la tarea y el deber de cada día que se repite — oración diaria para las necesidades diarias.

Así como cada día demanda su pan, así cada día demanda su oración. Ninguna cantidad de oración hecha hoy será suficiente para la oración de mañana. Por otro lado, ninguna oración por el mañana es de gran valor para nosotros hoy. El maná de hoy es lo que necesitamos; mañana Dios verá que nuestras necesidades sean suplidas. Esta es la fe que Dios busca inspirar. Así que deja el mañana, con sus cuidados, sus necesidades, sus problemas, en las manos de Dios. No hay almacenamiento de la gracia de mañana ni de la oración de mañana; tampoco hay acumulación de la gracia de hoy para satisfacer las necesidades de mañana. No podemos tener la gracia de mañana, no podemos comer el pan de mañana, no podemos hacer la oración de mañana. «Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6:34); y, muy seguramente, si poseemos fe, suficiente también será el bien.

II. ORACIÓN Y FE (CONTINUACIÓN)

«Los huéspedes de cierto hotel estaban siendo incomodados por los repetidos golpes en un piano, ejecutados por una niña que no poseía conocimiento alguno de música. Se quejaron al dueño con miras a que se detuviera la molestia. "Siento que estén molestos", dijo él. "Pero la niña es hija de uno de mis mejores huéspedes. Difícilmente puedo pedirle que no toque el piano. Pero su padre, que estará ausente por un día o dos, regresará mañana. Entonces podrán acercarse a él y resolver el asunto". Cuando el padre regresó, encontró a su hija en la sala de recepción y, como de costumbre, golpeando el piano. Se acercó por detrás de la niña y, poniendo sus brazos sobre los hombros de ella, tomó sus manos entre las suyas y produjo una música hermosísima. Así puede ser con nosotros, y así será, algún día venidero. Por ahora, poco podemos producir sino clamor y disonancia; pero, un día, el Señor Jesús tomará nuestras manos de fe y oración y las usará para producir la música de los cielos». -- ANÓNIMO

La fe genuina y auténtica debe ser definida y libre de duda. No simplemente general en su carácter; no una mera creencia en el ser, la bondad y el poder de Dios, sino una fe que cree que las cosas que «dice, vendrán a ser». Así como la fe es específica, de igual manera la respuesta será definida: «Tendrá todo lo que diga». La fe y la oración seleccionan las cosas, y Dios se compromete a hacer las mismas cosas que la fe y la oración perseverante nombran y le piden que realice.

La Versión Americana Revisada traduce el versículo veinticuatro del capítulo once de Marcos, así: «Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá». La fe perfecta tiene siempre en su poder lo que la oración perfecta pide. ¡Cuán amplia e incondicional es el área de operación: "todas las cosas que"! ¡Cuán definida y específica es la promesa: "os vendrá"!

Nuestra principal preocupación es con nuestra fe: los problemas de su crecimiento y las actividades de su vigorosa madurez. Una fe que se apodera y retiene en su poder las mismas cosas que pide, sin vacilar, sin duda ni temor — esa es la fe que necesitamos —, fe tal que es una perla de gran precio, en el proceso y la práctica de la oración.

La declaración de nuestro Señor acerca de la fe y la oración citada anteriormente es de suprema importancia. La fe debe ser definida, específica; una petición incondicional e inequívoca por las cosas solicitadas. No ha de ser algo vago, indefinido o sombrío; debe ser algo más que una creencia abstracta en la disposición y la capacidad de Dios para hacer por nosotros. Ha de ser un pedir definido y específico, y un esperar las cosas por las cuales pedimos. Nótese la lectura de Marcos 11:23:

«Y no dudará en su corazón, sino creerá que lo que dice se cumplirá; y todo lo que diga le será hecho.».

En la misma medida en que la fe y la petición son definidas, también lo será la respuesta. La dádiva no ha de ser algo distinto de las cosas pedidas, sino las mismas cosas buscadas y nombradas. «Tendrá todo lo que diga». Todo es imperativo: «Tendrá». La concesión ha de ser ilimitada, tanto en calidad como en cantidad.

La fe y la oración seleccionan los temas de la petición, determinando así lo que Dios ha de hacer. «Tendrá todo lo que diga». Cristo se mantiene listo para suplir exacta y plenamente todas las demandas de la fe y la oración. Si la orden dirigida a Dios se hace clara, específica y definida, Dios la cumplirá, exactamente de acuerdo con los términos presentados.

La fe no es una creencia abstracta en la Palabra de Dios, ni una mera credulidad mental, ni un simple asentimiento del entendimiento y la voluntad; tampoco es una aceptación pasiva de hechos, por muy sagrados o completos que sean. La fe es una operación de Dios, una iluminación divina, una santa energía implantada por la Palabra de Dios y el Espíritu en el alma humana — un principio espiritual y divino que toma lo Sobrenatural y lo hace aprehensible por las facultades del tiempo y del sentido.

La fe trata con Dios y es consciente de Dios. Trata con el Señor Jesucristo y ve en Él a un Salvador; trata con la Palabra de Dios y se aferra a la verdad; trata con el Espíritu de Dios y es energizada e inspirada por su santo fuego. Dios es el gran objeto de la fe; porque la fe descansa todo su peso sobre Su Palabra. La fe no es

un acto sin rumbo del alma, sino una mirada a Dios y un descanso sobre Sus promesas. Así como el amor y la esperanza tienen siempre un objeto, también lo tiene la fe. La fe no es creer cualquier cosa; es creer a Dios, descansar en Él, confiar en Su Palabra.

La fe da a luz a la oración, y se fortalece, profundiza y eleva en las luchas y contiendas de la poderosa súplica. La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la certeza y la realización de la herencia de los santos. La fe también es humilde y perseverante. Puede esperar y orar; puede permanecer de rodillas o yacer en el polvo. Es la gran condición de la oración; la falta de ella está en la raíz de toda oración pobre, débil, escasa y no contestada.

La naturaleza y el significado de la fe son más demostrables en lo que hace que por cualquier definición que se le dé. Así, si nos volvemos al registro de la fe que se nos da en esa gran lista de honor que constituye el capítulo once de Hebreos, vemos algo de los maravillosos resultados de la fe. ¡Qué gloriosa lista es — la de estos hombres y mujeres de fe! ¡Qué logros tan asombrosos se registran allí y se acreditan a la fe! El escritor inspirado, agotando sus recursos al catalogar a los santos del Antiguo Testamento, que fueron ejemplos tan notables de fe maravillosa, exclama finalmente:

«¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría para contar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas».

Y luego el escritor de Hebreos continúa nuevamente, en una tensión maravillosa, contando las hazañas no registradas realizadas mediante la fe de los hombres de antaño, «de los cuales el mundo no era digno». «Todos estos», dice, «alcanzaron buen testimonio mediante la fe».

¡Qué era de gloriosos logros amanecería para la Iglesia y el mundo, si tan solo pudiera reproducirse una raza de santos de fe igualmente poderosa, de oración igualmente maravillosa! No es lo intelectualmente grande lo que la Iglesia necesita; ni son hombres de riqueza los que los tiempos demandan. No son personas de gran influencia social lo que este día requiere. Por encima de todos y de todo lo demás, son hombres de fe, hombres de oración poderosa, hombres y

mujeres a la manera de los santos y héroes enumerados en Hebreos, que «alcanzaron buen testimonio mediante la fe», lo que la Iglesia y todo el ancho mundo de la humanidad necesita.

Muchos hombres de este día alcanzan buen testimonio por su dádiva de dinero, sus grandes dones y talentos mentales, pero pocos son los que alcanzan un «buen testimonio» por su gran fe en Dios, o por las cosas maravillosas que se están realizando mediante su gran oración. Hoy, tanto como en cualquier tiempo, necesitamos hombres de gran fe y hombres que sean grandes en la oración. Estas son las dos virtudes cardinales que hacen grandes a los hombres ante los ojos de Dios, las dos cosas que crean condiciones de verdadero éxito espiritual en la vida y la obra de la Iglesia. Es nuestra principal preocupación asegurarnos de que mantenemos una fe de tal calidad y textura que cuente delante de Dios; que se apodere y retenga en su poder las cosas por las cuales pide, sin duda y sin temor.

La duda y el temor son los dos enemigos gemelos de la fe. A veces, usurpan realmente el lugar de la fe, y aunque oremos, es una oración inquieta y desasosegada la que ofrecemos, intranquila y a menudo quejumbrosa. Pedro falló al caminar sobre el Genesar porque permitió que las olas lo cubrieran y anularan el poder de su fe. Al quitar los ojos del Señor y contemplar el agua a su alrededor, comenzó a hundirse y tuvo que clamar por socorro: «¡Señor, sálvame, que perezco!»

Las dudas nunca deben ser acariciadas, ni los temores albergados. Que nadie alimente la ilusión de que es un mártir del temor y la duda. No es crédito para la capacidad mental de nadie acariciar la duda de Dios, ni consuelo alguno puede derivarse de tal pensamiento. Nuestros ojos deben ser quitados del yo, removidos de nuestra propia debilidad y permitidos descansar implícitamente sobre la fortaleza de Dios. «No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón». Una fe sencilla y confiada, que vive día a día y echa su carga sobre el Señor, cada hora del día, disipará el temor, ahuyentará la desconfianza y librará de la duda:

«Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias».

Esa es la cura divina para todo temor, ansiedad e indebida preocupación del alma, todas las cuales están estrechamente relacionadas con la duda y la incredulidad. Esta es la prescripción divina para asegurar la paz que sobrepasa todo entendimiento, y que guarda el corazón y la mente en quietud y paz.

Todos nosotros necesitamos considerar bien y prestar atención a la advertencia dada en Hebreos: «Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo».

Necesitamos, también, guardarnos contra la incredulidad como nos guardaríamos contra un enemigo. La fe necesita ser cultivada. Necesitamos seguir orando: «Señor, aumenta nuestra fe», porque la fe es susceptible de aumento. El elogio de Pablo a los Tesalonicenses fue que su fe crecía en gran manera. La fe se incrementa mediante el ejercicio, al ser puesta en uso. Es alimentada por pruebas severas.

«Para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que la del oro que perece, aunque sea probada con fuego, sea hallada en alabanza, honra y gloria en la aparición de Jesucristo» (1 Pedro 1:7).

La fe crece por la lectura y la meditación en la Palabra de Dios. Y, más que todo y mejor que todo, la fe prospera en una atmósfera de oración.

Sería bueno que todos nos detuviéramos e hiciéramos la pregunta personalmente: «¿Tengo fe en Dios? ¿Tengo fe real — fe que me mantiene en perfecta paz, acerca de las cosas de la tierra y las cosas del cielo?» Esta es la pregunta más importante que un hombre puede proponer y esperar que sea respondida. Y hay otra pregunta, estrechamente relacionada en significado e importancia: «¿Oro realmente a Dios de tal manera que Él me oye y responde mis oraciones? ¿Y oro verdaderamente a Dios de modo que obtengo directamente de Dios las cosas que le pido?»

Se afirmaba de Augusto César que encontró a Roma como una ciudad de madera y la dejó como una ciudad de mármol. El pastor que tiene éxito en cambiar a su pueblo de uno sin oración a uno que ora, ha hecho una obra mayor que la que hizo Augusto al cambiar una ciudad de madera a mármol. Y después de todo, esta es la obra principal del predicador. Principalmente, él trata con personas sin oración — con personas de quienes se dice: «Dios no está en todos sus pensamientos» (Salmo 10:4). Con tales personas se encuentra en todas partes, y todo el tiempo. Su principal negocio es convertirlos de ser olvidadizos de Dios, de carecer de fe, de no orar, para que lleguen a ser personas que oren habitualmente, que crean en Dios, lo recuerden y hagan su voluntad. El predicador no es enviado meramente para inducir a los hombres a unirse a la Iglesia, ni meramente para lograr que se porten mejor. Es para lograr que oren, que confíen en Dios y que mantengan a Dios siempre ante sus ojos, para que no pequen contra Él.

La obra del ministerio es cambiar a los pecadores incrédulos en santos que oran y creen. El llamamiento sale por autoridad divina: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hechos 16:31). Vislumbramos la tremenda importancia de la fe y el gran valor que Dios le ha otorgado, cuando recordamos que Él la ha hecho la única condición indispensable para ser salvo. «Por gracia sois salvos, por medio de la fe» (Efesios 2:8). Así, cuando contemplamos la gran importancia de la oración, encontramos a la fe de pie inmediatamente a su lado. Por la fe somos salvos, y por la fe permanecemos salvos. La oración nos introduce a una vida de fe. Pablo declaró que la vida que vivía, la vivía por la fe en el Hijo de Dios, quien lo amó y se entregó a sí mismo por él — que caminaba por fe y no por vista.

La oración depende absolutamente de la fe. Virtualmente, no tiene existencia aparte de ella, y no logra nada a menos que sea su compañera inseparable. La fe hace la oración eficaz y, en un cierto sentido importante, debe precederla.

«Porque el que se acerca a Dios debe creer que Él existe, y que es galardonador de los que le buscan diligentemente» (Hebreos 11:6).

Antes de que la oración siquiera comience hacia Dios; antes de que su petición sea presentada, antes de que sus ruegos sean dados a conocer — la fe debe haber ido adelante; debe haber afirmado su creencia en la existencia de Dios; debe haber dado su asentimiento a la verdad de gracia de que «Dios es galardonador de aquellos que diligentemente buscan su rostro». Este es el paso principal en la oración. En este sentido, aunque la fe no trae la bendición, sí pone a la oración en posición de pedirla, y conduce a otro paso hacia la realización, ayudando al suplicante a creer que Dios es capaz y está dispuesto a bendecir.

La fe pone la oración en marcha — despeja el camino al propiciatorio. Da seguridad, en primer lugar, de que hay un propiciatorio, y que allí el Sumo Sacerdote espera a los que oran y las oraciones. La fe abre el camino para que la oración se acerque a Dios. Pero hace más. Acompaña a la oración en cada paso que ella da. Es su compañera inseparable, y cuando las peticiones son hechas a Dios, es la fe la que convierte el pedir en obtener. Y la fe sigue a la oración, ya que la vida espiritual a la que el creyente es conducido por la oración, es una vida de fe. La característica prominente de la experiencia a la que los creyentes son traídos mediante la oración, no es una vida de obras, sino de fe.

La fe hace fuerte la oración y le da paciencia para esperar en Dios. La fe cree que Dios es galardonador. Ninguna verdad está más claramente revelada en las Escrituras que esta, aunque ninguna es más alentadora. Incluso el aposento secreto tiene su recompensa prometida: «El que ve en lo secreto, te recompensará en público» (Mateo 6:6), mientras que el servicio más insignificante hecho a un discípulo en el nombre del Señor, ciertamente recibe su recompensa. Y a esta preciosa verdad la fe da su cordial asentimiento.

Sin embargo, la fe se limita a una cosa particular — no cree que Dios recompensará a todos, ni que es galardonador de todos los que oran, sino que es galardonador de aquellos que diligentemente le buscan. La fe basa su cuidado en la diligencia en la oración, y da seguridad y aliento a los buscadores diligentes de Dios, porque son ellos, solamente, quienes son ricamente recompensados cuando oran.

Necesitamos ser constantemente recordados de que la fe es la única condición inseparable para orar con éxito. Hay otras consideraciones que entran en el ejercicio, pero la fe es la condición final, la única indispensable para la verdadera oración. Como está escrito en una declaración primaria y conocida: «Sin fe es imposible agradar a Dios» (Hebreos 11:6).

Santiago presenta esta verdad muy claramente.

«Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría», dice, «pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada. Porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, ese hombre que recibirá cosa alguna del Señor» (Santiago 1:5-7).

La duda está siempre bajo la prohibición, porque se presenta como enemiga de la fe y obstaculiza la oración eficaz. En la Primera Epístola a Timoteo, Pablo nos da una verdad invaluable relativa a las condiciones de la oración exitosa, que establece así: «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda» (1 Timoteo 2:8).

Todo cuestionamiento debe ser vigilado y evitado. El temor y la incertidumbre no tienen lugar en la verdadera oración. La fe debe afirmarse y ordenar a estos enemigos de la oración que se vayan.

No se puede atribuir demasiada autoridad a la fe; pero la oración es el cetro con el cual ella señala su poder. Cuánta sabiduría espiritual hay en el siguiente consejo escrito por un eminente antiguo doctor de la iglesia:

«¿Quisieras ser liberado de la esclavitud de la corrupción?», pregunta. «¿Quisieras crecer en la gracia en general y crecer en la gracia en particular? Si quisieras, tu camino es claro. Pide a Dios más fe. Suplícale por la mañana, al mediodía y por la noche, mientras caminas por el camino, mientras te sientas en la casa, cuando te acuestas y cuando te levantas; suplícale simplemente que impresione las cosas divinas más profundamente en tu corazón, que te dé más y más de la sustancia de las cosas esperadas y de la evidencia de las cosas no vistas».

Grandes incentivos para orar son proporcionados en las Santas Escrituras, y nuestro Señor cierra su enseñanza acerca de la oración con la seguridad y la promesa del cielo. La presencia de Jesucristo en el cielo, la preparación que está haciendo allí para sus santos, y la seguridad de que vendrá otra vez para recibirlos — ¡cómo ayuda todo esto el cansancio de la oración, fortalece sus conflictos, endulza su arduo trabajo! Estas cosas son la estrella de esperanza para la oración, el secado de sus lágrimas, el poner del perfume del cielo en la amargura de su clamor. El espíritu de un peregrino facilita enormemente la oración. Un espíritu atado a la tierra y satisfecho con la tierra no puede orar. En tal corazón, la llama del deseo espiritual se ha apagado o está ardiendo en el más débil resplandor. Las alas de su fe están recortadas, sus ojos están velados, su lengua enmudecida. Pero aquellos que, con fe inquebrantable y oración incesante, esperan continuamente en el Señor, renuevan sus fuerzas, se remontan con alas como las águilas, corren y no se cansan, caminan y no desfallecen.

III. ORACIÓN Y CONFIANZA

«Una tarde salí de mi oficina en Nueva York, con un viento amargamente frío en mi rostro. Llevaba conmigo, (según pensaba) mi bufanda gruesa y abrigadora, pero cuando procedí a abrocharme contra la tormenta, descubrí que ya no estaba. Di la vuelta, miré a lo largo de las calles, busqué en mi oficina, pero en vano. Me di cuenta, entonces, de que debía haberla dejado caer, y oré a Dios para poder encontrarla; porque tal era el estado del tiempo, que habría sido correr un gran riesgo continuar sin ella. Miré, de nuevo, de arriba a abajo por las calles circundantes, pero sin éxito. De repente, vi a un hombre al otro lado del camino sosteniendo algo en su mano. Crucé y le pregunté si esa era mi bufanda. Me la entregó diciendo: "El viento la sopló hacia mí". Aquel que cabalga sobre la tormenta, había usado el viento como un medio para responder la oración.» — WILLIAM HORST.

La oración no está sola. No es un deber aislado ni un principio independiente. Vive en asociación con otros deberes cristianos, está unida a otros principios, es compañera de otras gracias. Pero con la fe, la oración está indisolublemente unida. La fe le da color y tono, moldea su carácter y asegura sus resultados.

La confianza es la fe convertida en absoluta, ratificada, consumada. Hay, cuando todo se ha dicho y hecho, una especie de aventura en la fe y en su ejercicio. Pero la confianza es creencia firme, es la fe en plena floración. La confianza es un acto consciente, un hecho del cual somos sensibles. Según el concepto bíblico, es el ojo del alma recién nacida y el oído del alma renovada. Es el sentimiento del alma, el ojo espiritual, el oído, el gusto, el tacto — todos estos tienen que ver con la confianza. ¡Cuán luminosa, cuán distinta, cuán consciente, cuán poderosa, y más que todo, cuán bíblica es tal confianza! ¡Cuán diferente de muchas formas del pensamiento moderno, tan débiles, secas y frías! Estas nuevas fases de creencia no traen conciencia de su presencia, ningún «gozo inefable y glorioso» resulta de su ejercicio. Son, en su mayor parte, aventuras en las incertidumbres del alma. No hay confianza segura y firme en nada. Toda la transacción tiene lugar en el reino del Quizá y del Tal Vez.

La confianza, como la vida, es sentimiento, aunque mucho más que sentimiento. Una vida no sentida es una contradicción; una confianza no sentida es un nombre inapropiado, un engaño, una contradicción. La confianza es el más sentido de todos los atributos. Es todo sentimiento, y obra solamente por el amor. Un amor no sentido es tan imposible como una confianza no sentida. La confianza de la que ahora hablamos es una convicción. ¿Una convicción no sentida? ¡Cuán absurdo!

La confianza ve a Dios haciendo cosas aquí y ahora. Sí, más aún. Se eleva a una eminencia elevada, y mirando hacia lo invisible y lo eterno, se da cuenta de que Dios ha hecho cosas, y las considera como ya hechas. La confianza trae la eternidad a los anales y acontecimientos del tiempo, transmuta la sustancia de la esperanza en la realidad de su realización, y cambia la promesa en posesión presente. Sabemos cuando confiamos, así como sabemos cuando vemos, así como somos conscientes de nuestro sentido del tacto. La confianza ve, recibe, sostiene. La confianza es su propio testigo.

Sin embargo, con bastante frecuencia, la fe es demasiado débil para obtener el gran bien de Dios, inmediatamente; por lo que tiene que esperar en obediencia amorosa, fuerte, orante y perseverante, hasta que crezca en fortaleza, y sea capaz de hacer descender lo eterno a los reinos de la experiencia y del tiempo.

Hasta este punto, la confianza concentra todas sus fuerzas. Aquí se mantiene firme. Y en la lucha, el agarre de la confianza se vuelve más poderoso, y se apodera, para sí misma, de todo lo que Dios ha hecho por ella en Su sabiduría eterna y plenitud de gracia.

En el asunto de esperar en la oración, la oración más poderosa, la fe se eleva a su plano más alto y se convierte verdaderamente en el don de Dios. Se convierte en la disposición bendita y la expresión del alma que se asegura mediante un constante intercambio con Dios, y una incansable aplicación a Dios.

Jesucristo enseñó claramente que la fe era la condición sobre la cual la oración era respondida. Cuando nuestro Señor había maldecido la higuera, los discípulos se sorprendieron mucho de que su sequía realmente hubiera tenido

lugar, y sus comentarios indicaban su incredulidad. Fue entonces cuando Jesús les dijo: «Tened fe en Dios».

«Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo: Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.»

La confianza no crece en ningún lugar tan fácil y ricamente como en el lugar de oración. Su despliegue y desarrollo son rápidos y saludables cuando se mantienen regular y debidamente. Cuando estos compromisos son sinceros, plenos y libres, la confianza florece en gran manera. El ojo y la presencia de Dios dan vida vigorosa a la confianza, así como el ojo y la presencia del sol hacen crecer la fruta y la flor, y todas las cosas se alegran y brillan con vida más plena.

«Tened fe en Dios», «Confía en el Señor» forman el tema central y el fundamento de la oración. Primariamente, no es confianza en la Palabra de Dios, sino más bien confianza en la Persona de Dios. Porque la confianza en la Persona de Dios debe preceder a la confianza en la Palabra de Dios. «Creéis en Dios; creed también en Mí», es la exigencia que nuestro Señor hace sobre la confianza personal de Sus discípulos. La persona de Jesucristo debe ser central, para el ojo de la confianza. Esta gran verdad Jesús buscó impresionar en Marta, cuando su hermano yacía muerto, en el hogar de Betania. Marta afirmó su creencia en el hecho de la resurrección de su hermano:

«Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.»

Jesús eleva su confianza por encima del mero hecho de la resurrección, a Su propia Persona, diciendo:

«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Ella le dijo: Sí, Señor; yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que había de venir al mundo.»

La confianza en un hecho histórico o en un mero registro puede ser una cosa muy pasiva, pero la confianza en una persona vitaliza la cualidad, la fructifica, la informa con amor. La confianza que informa la oración se centra en una Persona.

La confianza va incluso más lejos que esto. La confianza que inspira nuestra oración debe ser no solo confianza en la Persona de Dios, y de Cristo, sino en su capacidad y voluntad de conceder lo que se pide en oración. No es solo: «Confíad en el Señor», sino también: «porque en el Señor Jehová está la fortaleza eterna».

La confianza que nuestro Señor enseñó como condición de la oración eficaz, no es de la cabeza sino del corazón. Es una confianza que «no duda en su corazón». Tal confianza tiene la seguridad divina de que será honrada con respuestas grandes y satisfactorias. La fuerte promesa de nuestro Señor trae la fe al presente, y cuenta con una respuesta presente.

¿Creemos, sin duda alguna? Cuando oramos, ¿creemos, no que recibiremos las cosas por las que pedimos en un día futuro, sino que las recibimos, entonces y allí? Tal es la enseñanza de esta inspiradora Escritura. ¡Cuánto necesitamos orar: «Señor, aumenta nuestra fe», hasta que la duda desaparezca, y la confianza implícita reclame las bendiciones prometidas, como tuyas propias!

Esta no es una condición fácil. Se alcanza solo después de muchos fracasos, después de mucha oración, después de muchas esperas, después de mucha prueba de fe. Que nuestra fe aumente hasta que nos demos cuenta y recibamos toda la plenitud que hay en ese Nombre que garantiza hacer tanto.

Nuestro Señor pone la confianza como el fundamento mismo de la oración. El trasfondo de la oración es la confianza. Toda la emisión del ministerio y obra de Cristo dependía de la confianza implícita en Su Padre. El centro de la confianza es Dios. Las montañas de dificultades, y todos los demás obstáculos para la oración, son removidos del camino por la confianza y su vigoroso compañero, la fe. Cuando la confianza es perfecta y sin duda, la oración es simplemente la mano extendida, lista para recibir. La confianza perfeccionada, es la oración perfeccionada. La confianza mira para recibir lo que pide — y lo obtiene. La confianza no es una creencia de que Dios puede bendecir, de que Él bendecirá,

sino de que Él bendice, aquí y ahora. La confianza siempre opera en el tiempo presente. La esperanza mira hacia el futuro. La confianza mira al presente. La esperanza espera. La confianza posee. La confianza recibe lo que la oración adquiere. De modo que lo que la oración necesita, en todo momento, es una confianza permanente y abundante.

Su lamentable falta de confianza y el consiguiente fracaso de los discípulos para hacer lo que habían sido enviados a hacer, se ve en el caso del hijo lunático, que fue traído por su padre a nueve de ellos mientras su Maestro estaba en el Monte de la Transfiguración. Un muchacho, tristemente afligido, fue traído a estos hombres para ser curado de su dolencia. Ellos habían sido comisionados para hacer este mismo tipo de trabajo. Esto era parte de su misión. Intentaron echar fuera el demonio del muchacho, pero habían fracasado rotundamente. El demonio fue demasiado para ellos. Fueron humillados por su fracaso, y llenos de vergüenza, mientras sus enemigos triunfaban. En medio de la confusión incidente al fracaso, Jesús se acerca. Se le informa de las circunstancias, y se le cuentan las condiciones relacionadas con ellas. Aquí está el relato subsiguiente:

«Entonces Jesús respondió y dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. Y Jesús reprendió al demonio, y este salió del muchacho, y el niño quedó sano desde aquella hora. Y cuando Él entró en la casa, Sus discípulos le preguntaron en privado: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? Y Él les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno.»

¿Dónde residía la dificultad con estos hombres? Habían sido negligentes en cultivar su fe mediante la oración y, como consecuencia, su confianza fracasó por completo. No confiaron en Dios, ni en Cristo, ni en la autenticidad de Su misión, ni en la suya propia. Así ha sido muchas veces desde entonces, en muchas crisis en la Iglesia de Dios. El fracaso ha resultado de una falta de confianza, o de una debilidad de fe, y esto, a su vez, de una falta de vida de oración. Muchos fracasos en los esfuerzos de avivamiento han sido atribuibles a la misma causa. La fe no había sido nutrida y hecha poderosa por la oración. La negligencia del lugar secreto es la solución de la mayoría de los fracasos espirituales. Y esto es tan

cierto en nuestras luchas personales con el diablo como lo fue cuando salimos a intentar echar fuera demonios. Estar mucho de rodillas en comunión privada con Dios es la única garantía de que lo tendremos con nosotros, ya sea en nuestras luchas personales, o en nuestros esfuerzos por convertir pecadores.

En todas partes, en los acercamientos de la gente a Él, nuestro Señor puso la confianza en Él, y la divinidad de Su misión, en el frente. Él no dio ninguna definición de confianza, ni proporciona ninguna discusión teológica de ella, ni análisis de ella; porque sabía que los hombres verían lo que era la fe por lo que la fe hacía; y de su libre ejercicio, la confianza crecía, espontáneamente, en Su presencia. Era el producto de Su obra, Su poder y Su Persona. Estos proporcionaban y creaban una atmósfera más favorable para su ejercicio y desarrollo. La confianza es completamente demasiado espléndidamente simple para una definición verbal; demasiado cordial y espontánea para una terminología teológica. La misma simplicidad de la confianza es lo que desconcierta a muchas personas. Miran a lo lejos buscando alguna gran cosa que suceda, mientras todo el tiempo «la palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón».

Cuando la triste noticia de la muerte de su hija fue traída a Jairo, nuestro Señor intervino: «No temas», dijo con calma, «solamente cree». A la mujer con el flujo de sangre, que estaba temblando delante de Él, le dijo:

«Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz, y queda sana de tu azote.»

Mientras los dos ciegos lo seguían, presionando su camino hacia la casa, Él dijo:

«Conforme a vuestra fe os sea hecho.» Y sus ojos fueron abiertos.

Cuando el paralítico fue descolgado a través del techo de la casa donde Jesús enseñaba, y fue puesto delante de Él por cuatro de sus amigos, está registrado de esta manera:

«Y Jesús, viendo la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ten ánimo; tus pecados te son perdonados» (Mateo 9:2).

Cuando Jesús despidió al centurión cuyo siervo estaba gravemente enfermo, y que había venido a Jesús con la oración de que Él pronunciara la palabra de sanidad, sin siquiera ir a su casa, lo hizo de la manera siguiente:

«Y Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su siervo fue sanado en aquella misma hora» (Mateo 8:13).

Cuando el pobre leproso cayó a los pies de Jesús y clamó pidiendo alivio: «Señor, si quieres, puedes limpiarme», Jesús concedió inmediatamente su petición, y el hombre lo glorificó con gran voz. Entonces Jesús le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha sanado» (Lucas 17:19).

La mujer sirofenicia vino a Jesús con el caso de su hija afligida, haciendo suyo el caso, con la oración: «Señor, socórreme», haciendo una lucha temerosa y heroica. Jesús honra su fe y su oración, diciendo:

«Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora» (Mateo 15:28).

Después de que los discípulos habían fracasado por completo en echar fuera el demonio del muchacho epiléptico, el padre del joven afligido vino a Jesús con el clamor lastimero y casi desesperado: «Si algo puedes, ten compasión de nosotros y ayúdanos» (Marcos 9:22). Pero Jesús respondió: «Si puedes creer, al que cree todo le es posible» (Marcos 9:23).

El ciego Bartimeo, sentado junto al camino, oye a nuestro Señor mientras pasa, y clama lastimeramente y casi con desesperación: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí» (Marcos 10:47). Los oídos agudos de nuestro Señor captan inmediatamente el sonido de la oración, y dice al mendigo:

«Ve; tu fe te ha sanado. Y luego recibió la vista, y seguía a Jesús en el camino» (Marcos 10:52).

A la mujer que lloraba y se arrepentía, lavando sus pies con lágrimas y secándolos con los cabellos de su cabeza, Jesús le habla palabras de aliento que confortan el alma: «Tu fe te ha salvado; ve en paz» (Lucas 7:50).

Un día Jesús sanó a diez leprosos a la vez, en respuesta a su oración unida: «Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros» (Lucas 17:13), y les dijo que fueran y se mostraran a los sacerdotes. «Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados» (Lucas 17:14).

IV. ORACIÓN Y DESEO

«Hay quienes se burlarán de mí y me dirán que me dedique a mi oficio de zapatero y que no moleste mi mente con filosofía y teología. Pero la verdad de Dios ardía tanto en mis huesos, que tomé mi pluma en la mano y comencé a escribir lo que había visto.» — JACOB BOEHME.

EL DESEO no es meramente una simple aspiración; es un anhelo profundamente arraigado; un intenso anhelo de alcanzar algo. En el ámbito de los asuntos espirituales, es un complemento importante de la oración. Tan importante es, que casi se podría decir que el deseo es un elemento absolutamente esencial de la oración. El deseo precede a la oración, la acompaña y es seguido por ella. El deseo va delante de la oración y es creado e intensificado por ella. La oración es la expresión oral del deseo. Si la oración es pedir algo a Dios, entonces la oración debe ser expresada. La oración sale a la luz pública. El deseo es silencioso. La oración se oye; el deseo, no se oye. Cuanto más profundo es el deseo, más fuerte es la oración. Sin deseo, la oración es un murmullo de palabras sin significado. Tal oración formal y superficial, sin corazón, sin sentimiento, sin deseo real que la acompañe, debe ser evitada como una pestilencia. Su práctica es una pérdida de tiempo precioso, y de ella no se obtiene ninguna bendición real.

Y sin embargo, aun si se descubre que el deseo está honestamente ausente, debemos orar de todos modos. Debemos orar. El «deber» interviene para que tanto el deseo como la expresión sean cultivados. La Palabra de Dios lo ordena. Nuestro juicio nos dice que debemos orar — orar sintámoslo o no — y no permitir que nuestros sentimientos determinen nuestros hábitos de oración. En tales circunstancias, debemos orar pidiendo el deseo de orar; porque tal deseo es dado por Dios y nacido del cielo. Debemos orar por el deseo; entonces, cuando el deseo nos sea dado, debemos orar según sus dictados. La falta de deseo espiritual debería entristecernos y llevarnos a lamentar su ausencia, a buscar con diligencia que nos sea concedido, para que nuestra oración, de ahora en adelante, sea una expresión de «el sincero deseo del alma».

Un sentido de necesidad crea, o debería crear, un deseo ferviente. Cuanto más fuerte es el sentido de necesidad delante de Dios, mayor debería ser el deseo y más ferviente la oración. Los «pobres en espíritu» son eminentemente competentes para orar.

El hambre es un sentido activo de necesidad física. Impulsa la petición de pan. De igual manera, la conciencia interna de la necesidad espiritual crea deseo, y el deseo se manifiesta en oración. El deseo es un anhelo interno por algo que no poseemos, de lo cual tenemos necesidad — algo que Dios ha prometido y que puede ser asegurado mediante una súplica ferviente ante Su trono de la gracia.

El deseo espiritual, llevado a un grado más elevado, es la evidencia del nuevo nacimiento. Nace en el alma renovada:

«Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis» (1 Pedro 2:2).

La ausencia de este santo deseo en el corazón es una prueba presuntiva, ya sea de una decadencia en el éxtasis espiritual, o de que el nuevo nacimiento nunca ha tenido lugar.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6).

Estos apetitos dados por el cielo son la prueba de un corazón renovado, la evidencia de una vida espiritual vibrante. Los apetitos físicos son atributos de un cuerpo vivo, no de un cadáver, y los deseos espirituales pertenecen a un alma vivificada para Dios. Y así como el alma renovada tiene hambre y sed de justicia, estos santos deseos internos se manifiestan en una oración ferviente y suplicante.

En la oración, estamos limitados al Nombre, al mérito y al poder intercesor de Jesucristo, nuestro gran Sumo Sacerdote. Al profundizar más allá de las condiciones y fuerzas que acompañan a la oración, llegamos a su base vital, que está asentada en el corazón humano. No es simplemente nuestra necesidad; es el anhelo del corazón por lo que necesitamos y por lo cual nos sentimos impulsados a orar. El deseo es la voluntad en acción; un anhelo fuerte y consciente, excitado

en la naturaleza interna, por algún gran bien. El deseo exalta el objeto de su anhelo y fija la mente en él. Tiene elección, firmeza y llama en sí mismo, y la oración basada en él es explícita y específica. Conoce su necesidad, siente y ve la cosa que la satisfará, y se apresura a obtenerla.

El santo deseo es grandemente ayudado por la contemplación devota. La meditación sobre nuestra necesidad espiritual y sobre la disposición y capacidad de Dios para remediarla, ayuda a que el deseo crezca. La reflexión seria realizada antes de orar aumenta el deseo, lo hace más apremiante y tiende a librarnos de la amenaza de la oración privada: el pensamiento errante. Fallamos mucho más en el deseo que en su expresión externa. Retenemos la forma, mientras la vida interior se desvanece y casi muere.

Bien podría uno preguntarse si la debilidad de nuestros deseos por Dios, por el Espíritu Santo y por toda la plenitud de Cristo, no es la causa de que oremos tan poco y de que languidezcamos en el ejercicio de la oración. ¿Sentimos realmente estos jadeos internos de deseo por los tesoros celestiales? ¿Los gemidos innatos del deseo agitan nuestras almas a poderosas luchas? ¡Ay de nosotros! El fuego arde demasiado bajo. El calor llameante del alma ha sido atemperado a una tibieza insípida. Esto, debe recordarse, fue la causa central de la triste y desesperada condición de los cristianos de Laodicea, de quienes está escrita la terrible condenación de que eran «rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad», y no sabían que eran «un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Apocalipsis 3:17).

Otra vez: bien podríamos preguntar: ¿tenemos ese deseo que nos impulsa a una comunión íntima con Dios, que está lleno de ardores inefables y que nos mantiene allí a través de la agonía de una súplica intensa y conmovedora del alma? Nuestros corazones necesitan ser trabajados en gran medida, no solo para sacar el mal de ellos, sino para introducir el bien en ellos. Y el fundamento e inspiración para la entrada del bien es un deseo fuerte e impulsor. Esta llama santa y ferviente en el alma despierta el interés del cielo, atrae la atención de Dios y pone a disposición de quienes la ejercitan las inagotables riquezas de la gracia divina.

El amortiguamiento de la llama del santo deseo es destructivo para las fuerzas vitales y agresivas de la vida de la iglesia. Dios requiere ser representado por una Iglesia ferviente, o no es representado, en ningún sentido propio, en absoluto. Dios mismo está todo en llamas, y Su Iglesia, si ha de ser como Él, debe también estar al rojo vivo. Los grandes e intereses eternos de la religión nacida del cielo y dada por Dios son las únicas cosas por las cuales Su Iglesia puede permitirse estar en llamas. Sin embargo, el celo santo no necesita ser nervioso para ser consumidor. Nuestro Señor fue la antítesis encarnada de la excitabilidad nerviosa, el opuesto absoluto de la declamación intolerante o clamorosa, sin embargo, el celo de la casa de Dios lo consumió; y el mundo aún siente el resplandor de Su llama feroz y consumidora y responde a ella con una disposición cada vez mayor y una respuesta cada vez más amplia.

La falta de ardor en la oración es la señal segura de una falta de profundidad e intensidad de deseo; y la ausencia de un deseo intenso es una señal segura de la ausencia de Dios en el corazón. Disminuir el fervor es retirarse de Dios. Él puede, y de hecho tolera, muchas cosas en cuanto a la enfermedad y el error en Sus hijos. Puede y perdonará el pecado cuando el penitente ora, pero dos cosas le son intolerables: la insinceridad y la tibieza. La falta de corazón y la falta de calor son dos cosas que Él aborrece, y a los laodicenses les dijo, en términos de inconfundible severidad y condenación:

«¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (Apocalipsis 3:15-16).

Este fue el juicio expresado por Dios sobre la falta de fuego en una de las Siete Iglesias, y es Su acusación contra los cristianos individuales por la fatal falta de celo sagrado. En la oración, el fuego es el poder motriz. Los principios religiosos que no emergen en llama no tienen fuerza ni efecto. La llama es el ala sobre la cual asciende la fe; el fervor es el alma de la oración. Fue la «oración ferviente y eficaz» la que logró mucho. El amor se enciende en una llama, y el ardor es su vida. La llama es el aire que respira la verdadera experiencia cristiana. Se alimenta del fuego; puede resistir cualquier cosa, antes que una llama débil; y

muere, enfriada y hambrienta en su interior, cuando la atmósfera circundante es frígida o tibia.

La verdadera oración debe estar en llamas. La vida y el carácter cristiano necesitan estar completamente en fuego. La falta de calor espiritual crea más infidelidad que la falta de fe. No estar apasionadamente interesado en las cosas del cielo es no estar interesado en ellas en absoluto. Las almas ardientes son las que conquistan en el día de la batalla, de quienes el reino de los cielos padece violencia, y quienes lo arrebatan por la fuerza. La ciudadela de Dios solo es tomada por aquellos que la asaltan con una seriedad terrible, que la sitian con un celo ardiente e inquebrantable.

Nada menos que estar al rojo vivo por Dios puede mantener el resplandor del cielo en nuestros corazones en estos días fríos. Los primeros metodistas no tenían aparatos de calefacción en sus iglesias. Declaraban que la llama en el banco y el fuego en el púlpito debían bastar para mantenerlos calientes. Y nosotros, de esta hora, tenemos necesidad de tener el carbón encendido del altar de Dios y la llama consumidora del cielo ardiendo en nuestros corazones. Esta llama no es vehemencia mental ni energía carnal. Es fuego divino en el alma, intenso, que consume la escoria: la esencia misma del Espíritu de Dios.

Ninguna erudición, ninguna pureza de dicción, ninguna amplitud de perspectiva mental, ninguna flor de elocuencia, ninguna gracia de persona, puede compensar la falta de fuego. La oración asciende por el fuego. La llama le da a la oración acceso y alas, aceptación y energía. No hay incienso sin fuego; no hay oración sin llama.

El deseo ardiente es la base de la oración incesante. No es una inclinación superficial y voluble, sino un anhelo fuerte, un ardor inextinguible que impregna, brilla, quema y fija el corazón. Es la llama de un principio presente y activo que asciende hacia Dios. Es el ardor impulsado por el deseo que se abre camino hasta el Trono de la misericordia y logra su petición. Es la pertinacia del deseo lo que da triunfo al conflicto en una gran lucha de oración. Es la carga de un deseo ponderoso lo que sobria, inquieta y reduce a la quietud al alma que acaba de

emerger de sus poderosas luchas. Es el carácter abarcador del deseo lo que arma la oración con mil súplicas y la reviste de un valor invencible y un poder que todo lo conquista.

La mujer sirofenicia es una lección objetiva de deseo, asentado en su constancia, pero invulnerable en su intensidad y audacia pertinaz. La viuda insistente representa el deseo que logra su objetivo a través de obstáculos insuperables para impulsos más débiles.

La oración no es el ensayo de una mera actuación; ni es un clamor indefinido y generalizado. El deseo, mientras enciende el alma, la mantiene fija en el objeto buscado. La oración es una fase indispensable del hábito espiritual, pero deja de ser oración cuando se lleva a cabo solo por hábito. Es la profundidad e intensidad del deseo espiritual lo que da intensidad y profundidad a la oración. El alma no puede estar apática cuando un gran deseo la enciende y la inflama. La urgencia de nuestro deseo nos mantiene aferrados a lo deseado con una tenacidad que se niega a disminuir o aflojarse; se queda, suplica, persiste y se niega a soltar hasta que la bendición ha sido concedida.

«Señor, no puedo dejarte ir, hasta que una bendición Tú concedas; no apartes Tu rostro; urgente y apremiante es mi caso.»

El secreto de la cobardía, la falta de Insistencia, la carencia de valor y fuerza en la oración, reside en la debilidad del deseo espiritual, mientras que la no observancia de la oración es la señal temible de que ese deseo ha dejado de vivir. Esa alma se ha apartado de Dios cuyo deseo por Él ya no la impulsa a la cámara interior. No puede haber oración exitosa sin un deseo consumidor. Por supuesto, puede haber mucha apariencia de orar sin deseo de ningún tipo.

Muchas cosas pueden ser catalogadas y mucho terreno puede ser cubierto. Pero, ¿compila el deseo el catálogo? ¿Traza el deseo el mapa de la región a cubrir? De la respuesta depende el resultado de si nuestra petición es parloteo u oración. El deseo es intenso, pero limitado; no puede extenderse sobre un área amplia. Quiere pocas cosas, y las quiere con urgencia, tan urgentemente, que nada más que la disposición de Dios a responder puede traerle alivio o contentamiento.

El deseo dispara a un solo objetivo. Puede haber muchas cosas deseadas, pero son sentidas y expresadas específica e individualmente. David no anhelaba todo; ni permitía que sus deseos se extendieran por todas partes y no alcanzaran nada. Así es como sus deseos corrían y encontraban expresión:

«Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré: que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo» (Salmo 27:4).

Es esta singularidad de deseo, esta definición del anhelo, lo que cuenta en la oración, y lo que impulsa la oración directamente al núcleo y centro del suministro.

En las Bienaventuranzas, Jesús expresó las palabras que se relacionan directamente con los deseos innatos de un alma renovada, y la promesa de que serán concedidos: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6).

Esta es, entonces, la base de la oración que obliga a una respuesta: que un fuerte deseo interior ha entrado en el apetito espiritual, y clama por ser satisfecho. ¡Ay de nosotros! Es demasiado cierto y frecuente que nuestras oraciones operan en la región árida de un mero deseo pasajero, o en el área sin hojas de una oración memorizada. A veces, en efecto, nuestras oraciones son meramente expresiones estereotipadas de frases hechas y proporciones convencionales, cuya frescura y vida se fueron hace muchos años.

Sin deseo, no hay carga del alma, no hay sentido de necesidad, no hay ardor, no hay visión, no hay fuerza, no hay resplandor de fe. No hay presión poderosa, no hay aferrarse a Dios con una presión inmortal y desesperada: «No te soltaré hasta que me bendigas» (Génesis 32:26). No hay abandono total de uno mismo, como lo hubo con Moisés, cuando, perdido en las agonías de una súplica desesperada, pertinaz y que todo lo consumía, clamó: «Que perdones ahora su pecado; y si no, te ruego que me borres del libro que has escrito» (Éxodo 32:32). O, como lo hubo con Juan Knox cuando suplicó: «¡Dame Escocia, o muero!»

Dios se acerca poderosamente al alma que ora. Ver a Dios, conocer a Dios y vivir para Dios: estos forman el objetivo de toda oración verdadera. Así, la oración es, después de todo, inspirada para buscar a Dios. El deseo de oración se inflama para ver a Dios, para tener una revelación más clara, más plena, más dulce y más rica de Dios. Así, para aquellos que oran de esta manera, la Biblia se convierte en una Biblia nueva, y Cristo en un Salvador nuevo, por la luz y la revelación de la cámara interior.

Iteramos y reiteramos que el deseo ardiente —ampliado y siempre ampliándose— por los mejores y más poderosos dones y gracias del Espíritu de Dios, es el legítimo patrimonio de la oración verdadera y eficaz. El yo y el servicio no pueden divorciarse —no pueden, posiblemente, separarse. Más que eso: el deseo debe hacerse intensamente personal, debe centrarse en Dios con un hambre y sed insaciables de Él y de Su justicia. «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente» (Salmo 42:2). El requisito indispensable para toda oración verdadera es un deseo profundamente arraigado que busca a Dios mismo, y permanece insatisfecho, hasta que los dones más escogidos del tesoro celestial hayan sido concedidos rica y abundantemente.

V. ORACIÓN Y FERVOR

«Sta. Teresa se levantó de su lecho de muerte para terminar su obra. Inspeccionó, con toda la rapidez de su mirada y su amor por el orden, toda la casa en la que había sido llevada para morir. Vio que todo estuviera en su lugar apropiado, y que cada una respondiera a su orden adecuado, tras lo cual asistió a los oficios divinos del día. Luego volvió a su cama, reunió a sus hijas a su alrededor... y, con la más penitencial de las oraciones penitenciales de David en sus labios, Teresa de Jesús salió al encuentro de su Esposo.» — ALEJANDRO WHYTE.

La oración sin fervor no arriesga nada en el asunto, porque no tiene nada que arriesgar. Viene con las manos vacías. Manos que también están sin energía, además de vacías, que nunca han aprendido la lección de aferrarse a la Cruz.

La oración sin fervor no tiene corazón; es una cosa vacía, un vaso indigno. El corazón, el alma y la vida deben encontrar lugar en toda oración real. El cielo debe sentir la fuerza de este clamor a Dios.

Pablo fue un ejemplo notable del hombre que poseía un espíritu de oración ferviente. Su súplica era absorbente, centrada inamoviblemente en el objeto de su deseo, y en el Dios que era capaz de satisfacerlo.

Las oraciones deben estar al rojo vivo. Es la oración ferviente la que es eficaz y que aprovecha. La frialdad del espíritu obstaculiza la oración; la oración no puede vivir en una atmósfera invernal. Los ambientes fríos congelan la súplica y secan los manantiales de la petición. Se necesita fuego para que las oraciones asciendan. El calor del alma crea una atmósfera favorable a la oración, porque es favorable al fervor. Por la llama, la oración asciende al cielo. Sin embargo, el fuego no es alboroto, ni el calor es ruido. El calor es intensidad: algo que brilla y arde. El cielo es un mercado muy pobre para el hielo.

Dios quiere siervos de corazón cálido. El Espíritu Santo viene como fuego para morar en nosotros; hemos de ser bautizados con el Espíritu Santo y con fuego. El fervor es calor del alma. Un temperamento flemático es aborrecible para la

experiencia vital. Si nuestra religión no nos enciende en fuego, es porque tenemos corazones congelados. Dios habita en una llama; el Espíritu Santo descende en fuego. Estar absorto en la voluntad de Dios, estar tan profundamente serio acerca de hacerla que todo nuestro ser se enciende, es la condición que califica al hombre que se involucraría en la oración eficaz.

Nuestro Señor nos advierte contra la oración débil. «Los hombres deben siempre orar», declara, «y no desmayar». Eso significa que debemos poseer suficiente fervor para llevarnos a través de los períodos severos y prolongados de la oración suplicante. El fuego vuelve a uno alerta y vigilante, y lo hace más que vencedor. La atmósfera que nos rodea está demasiado cargada de fuerzas resistentes para que las oraciones flácidas o lánguidas avancen. Se necesita calor, fervor y fuego meteórico para abrirse paso hasta los cielos superiores, donde Dios mora con sus santos, en luz.

Muchos de los grandes personajes bíblicos fueron ejemplos notables de fervor de espíritu al buscar a Dios. El Salmista declara con gran solemnidad:

«Mi alma se rompe por el anhelo que tiene hacia Tus juicios en todo tiempo.»

¡Qué fuertes deseos de corazón hay aquí! ¡Qué anhelos sinceros del alma por la Palabra del Dios vivo!

Un fervor aún mayor es expresado por él en otro lugar:

«Como el ciervo jadea por las corrientes de las aguas, así jadea mi alma por Ti, oh Dios. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo vendré y me presentaré delante de Dios?»

Esa es la palabra de un hombre que vivía en un estado de gracia, que había sido obrado profunda y sobrenaturalmente en su alma.

El fervor ante Dios cuenta en la hora de la oración, y encuentra una recompensa pronta y rica en Sus manos. El Salmista nos da esta declaración de lo que Dios había hecho por el rey, cuando su corazón se volvió hacia su Señor:

«Le has concedido el deseo de su corazón, y no le has negado la petición de sus labios.»

En otro momento, se expresa así directamente a Dios al presentar su petición:

«Señor, todo mi deseo está delante de Ti; y mi gemido no Te es oculto.»

¡Qué pensamiento tan alentador! Nuestros gemidos internos, nuestros deseos secretos, los anhelos de nuestro corazón, no están ocultos a los ojos de Aquel con quien tenemos que tratar en la oración.

El incentivo para el fervor de espíritu ante Dios es precisamente el mismo que para la oración continua y sincera. Si bien el fervor no es oración, se deriva de un alma sincera, y es precioso ante los ojos de Dios. El fervor en la oración es el precursor de lo que Dios hará en forma de respuesta. Dios está comprometido a darnos el deseo de nuestros corazones en proporción al fervor de espíritu que mostramos al buscar Su rostro en oración.

El fervor tiene su asiento en el corazón, no en el cerebro, ni en las facultades intelectuales de la mente. El fervor, por lo tanto, no es una expresión del intelecto. El fervor de espíritu es algo que trasciende con creces la fantasía poética o las imágenes sentimentales. Es algo más que una mera preferencia, el contrastar lo que gusta con lo que disgusta. El fervor es el latido y el gesto de la naturaleza emocional.

Quizás no esté en nuestro poder crear fervor de espíritu a voluntad, pero podemos orar a Dios para que lo implante. Entonces es nuestro deber nutrirlo y apreciarlo, guardarlo de la extinción, prevenir su disminución o declive. El proceso de la salvación personal no es solo orar, expresar nuestros deseos a Dios, sino adquirir un espíritu ferviente y buscar, por todos los medios apropiados, cultivarlo. Nunca está fuera de lugar orar a Dios para que engendre en nosotros, y mantenga vivo, el espíritu de oración ferviente.

El fervor tiene que ver con Dios, así como la oración tiene que ver con Él. El deseo siempre tiene un objetivo. Si deseamos algo, deseamos algo. El grado de fervor con el que moldeamos nuestros deseos espirituales siempre servirá para determinar la seriedad de nuestra oración. En esta relación, Adoniram Judson dice:

«Un espíritu de parto, los dolores de un gran deseo cargado, pertenecen a la oración. Un fervor lo suficientemente fuerte como para ahuyentar el sueño, que dedica e inflama el espíritu, y que aparta todos los lazos terrenales, todo esto pertenece a la oración de lucha y de victoria. El Espíritu, el poder, el aire y el alimento de la oración están en tal espíritu.»

La oración debe estar revestida de fervor, fuerza y poder. Es la fuerza que, centrada en Dios, determina el despliegue de Sí mismo para el bien terrenal. Los hombres que son fervientes en espíritu están empeñados en alcanzar la justicia, la verdad, la gracia y todas las demás gracias sublimes y poderosas que adornan el carácter del hijo de Dios auténtico e incuestionable.

Dios declaró una vez, por boca de un profeta valiente, a un rey que, en un tiempo, había sido fiel a Dios, pero que, por la llegada del éxito y la prosperidad material, había perdido su fe, el siguiente mensaje:

«Los ojos del Señor recorren toda la tierra, para mostrarse fuerte en favor de aquellos cuyo corazón es perfecto hacia Él. Aquí has obrado neciamente; por tanto, desde ahora tendrás guerras.»

Dios había escuchado la oración de Asa en los primeros tiempos de su vida, pero el desastre vino y el problema fue enviado, porque había abandonado la vida de oración y de fe sencilla.

En Romanos 15:30, tenemos la palabra «luchar», que aparece en la petición que Pablo hizo para la cooperación en la oración.

En Colosenses 4:12, tenemos la misma palabra, pero traducida de manera diferente: «Epafras, siempre trabajando fervientemente por vosotros en oración». Pablo les pidió a los romanos que «lucharan junto con él en oración», es decir, que lo ayudaran en su lucha de oración. La palabra significa entrar en un concurso, pelear contra los adversarios. Significa, además, comprometerse con celo ferviente para esforzarse por obtener.

Estos casos registrados del ejercicio y la recompensa de la fe nos hacen ver fácilmente que, en casi todos los casos, la fe se combinó con la confianza hasta

que no es demasiado decir que la primera fue absorbida por la segunda. Es difícil distinguir adecuadamente las actividades específicas de estas dos cualidades, la fe y la confianza. Pero hay un punto, más allá de toda duda, en el que la fe es relevada de su carga, por así decirlo; donde la confianza llega y dice: «¡Tú has hecho tu parte, el resto es mío!»

En el incidente de la higuera estéril, nuestro Señor transfiere el maravilloso poder de la fe a Sus discípulos. A su exclamación: «¡Qué pronto se secó la higuera!», Él dijo:

«Si tenéis fe, y no dudáis, no solo haréis esto que se hizo a la higuera, sino que si decís a este monte: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis.»

Cuando un creyente cristiano alcanza una fe de proporciones tan magníficas como estas, entra en el reino de la confianza implícita. Se mantiene sin temblor en la cúspide de su alcance espiritual. Ha alcanzado la verdadera piedra angular de la fe, que es la confianza inquebrantable, inalterable e inalienable en el poder del Dios vivo.

VI. ORACIÓN E INSISTENCIA

«¡Con cuánta ligereza hablamos de orar sin cesar! Sin embargo, somos bastante propensos a desistir si nuestra oración quedara sin respuesta por una sola semana o mes. Suponemos que con un golpe de Su brazo o una acción de Su voluntad, Dios nos dará lo que pedimos. Nunca parece amanecernos que Él es el Maestro de la naturaleza, así como de la gracia, y que a veces elige un camino, y a veces otro, en el cual hacer Su obra. A veces toma años responder una oración, y cuando es respondida, y miramos hacia atrás, podemos ver que así fue. Pero Dios lo sabe todo el tiempo, y es Su voluntad que oremos, y oremos, y sigamos orando, y así lleguemos a conocer, de hecho y en verdad, lo que es orar sin cesar» — ANÓNIMO.

NUESTRO Señor Jesús declaró que «los hombres deben siempre orar y no desmayar», y la parábola en la que se encuentran Sus palabras fue enseñada con la intención de librar a los hombres del desaliento y la debilidad en la oración. Nuestro Señor buscaba enseñar que se debe guardar contra la laxitud, y fomentar y animar la perseverancia. No puede haber dos opiniones respecto a la importancia del ejercicio de esta cualidad indispensable en nuestra oración.

La oración insistente es un movimiento poderoso del alma hacia Dios. Es una conmoción de las fuerzas más profundas del alma, hacia el trono de la gracia celestial. Es la capacidad de persistir, presionar y esperar. El deseo inquieto, la paciencia reposada y la fuerza de la perseverancia están todos abrazados en ella. No es un incidente, ni una actuación, sino una pasión del alma. No es una necesidad a medias, sino una absoluta necesidad.

La cualidad de lucha en las oraciones insistentes no surge de la vehemencia física ni de la energía carnal. No es un impulso de energía, ni una mera seriedad del alma; es una fuerza interior, una facultad implantada y avivada por el Espíritu Santo. Virtualmente, es la intercesión del Espíritu de Dios en nosotros; es, además, «la oración eficaz y ferviente que mucho aprovecha». El Espíritu Divino informando cada elemento dentro de nosotros, con la energía de Su propio anhelo, es la esencia de la insistencia que insta a nuestra oración en el trono de la

gracia, a continuar hasta que el fuego descienda y la bendición llegue. Esta lucha en la oración puede no ser bulliciosa ni vehemente, sino silenciosa, tenaz y urgente. Silenciosa, puede ser, cuando no hay salidas visibles para sus poderosas fuerzas.

Nada distingue a los hijos de Dios tan clara y fuertemente como la oración. Es la marca y prueba infalible de ser cristiano. Los cristianos son dados a la oración; los mundanos, sin oración. Los cristianos invocan a Dios; los mundanos ignoran a Dios y no invocan Su Nombre. Pero incluso el cristiano tiene necesidad de cultivar la oración continua. La oración debe ser habitual, pero mucho más que un hábito. Es un deber, aunque uno que se eleva muy por encima, y va más allá de las implicaciones ordinarias del término. Es la expresión de una relación con Dios, un anhelo de comunión divina. Es el flujo exterior y ascendente de la vida interior hacia su fuente original. Es una afirmación de la paternidad del alma, un reclamar la filiación, que une al hombre con lo Eterno.

La oración tiene todo que ver con moldear el alma a la imagen de Dios, y tiene todo que ver con realzar y ampliar la medida de la gracia divina. Tiene todo que ver con llevar al alma a la comunión completa con Dios. Tiene todo que ver con enriquecer, ensanchar y madurar la experiencia del alma respecto a Dios. Aquel hombre no puede ser llamado cristiano si no ora. Con ningún pretexto posible puede reclamar derecho alguno al término, ni a su significado implícito. Si no ora, es un pecador, pura y simplemente, porque la oración es el único camino por el cual el alma del hombre puede entrar en confraternidad y comunión con la Fuente de todo espíritu y energía semejante a Cristo. Por lo tanto, si no ora, no es de la casa de la fe.

En este estudio, sin embargo, dirigimos nuestro pensamiento a una fase de la oración: la de la insistencia; presionar nuestros deseos sobre Dios con urgencia y perseverancia; orar con esa tenacidad y tensión que ni se relaja ni cesa hasta que su petición es escuchada y su causa es ganada.

Aquel que tiene visiones claras de Dios y concepciones bíblicas del carácter Divino; que aprecia su privilegio de acceso a Dios; que entiende su necesidad

interior de todo lo que Dios tiene para él — ese hombre será solícito, franco e insistente. En la Sagrada Escritura, el deber de la oración en sí misma es defendido en términos que son apenas más fuertes que aquellos en los que se expone la necesidad de su insistencia. Se declara que la oración que influye en Dios es la del derramamiento ferviente y eficaz de un hombre justo. Es decir, es oración en fuego, que no tiene llama débil y vacilante, ni destello momentáneo, sino que brilla con un resplandor vigoroso y constante.

Las repetidas intercesiones de Abraham por la salvación de Sodoma y Gomorra presentan un ejemplo temprano de la necesidad y el beneficio que se derivan de la oración insistente. Jacob, luchando toda la noche con el ángel, da un énfasis significativo al poder de una perseverancia obstinada en la oración, y muestra cómo, en las cosas espirituales, la insistencia tiene éxito, con tanta efectividad como lo hace en los asuntos relativos al tiempo y los sentidos.

Como hemos notado en otro lugar, Moisés oró cuarenta días y cuarenta noches, buscando detener la ira de Dios contra Israel, y su ejemplo y éxito son un estímulo para la fe actual en su hora más oscura. Elías repitió y urgió su oración siete veces antes de que la nube de lluvia apareciera sobre el horizonte, anunciando el éxito de su oración y la victoria de su fe. En una ocasión, Daniel, aunque desfallecido y débil, presionó su caso durante tres semanas, antes de que la respuesta y la bendición llegaran.

Muchas noches durante Su vida terrenal pasó el bendito Salvador en oración. En Getsemaní presentó la misma petición tres veces, con insistencia implacable, urgente y a la vez sumisa, que involucraba cada elemento de Su alma, y desembocó en lágrimas y sudor sanguíneo.

Sus crisis vitales estuvieron claramente marcadas, y sus victorias vitales fueron todas ganadas, en horas de oración insistente. Y el siervo no es mayor que su Señor.

La Parábola de la Viuda Insistente es un clásico de la oración perseverante. Haremos bien en refrescar nuestro recuerdo de ella, en este punto de nuestro estudio:

«Y les refirió también una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre alguno. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni respeto a hombre alguno, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dice el juez injusto. ¿Y no hará Dios justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche, aunque sea paciente con ellos? Os digo que les hará justicia pronto» (Lucas 18:1-8).

Esta parábola subraya la verdad central de la oración insistente. La viuda presiona su caso hasta que el juez injusto cede. Si esta parábola no enseña la necesidad de la insistencia, no tiene ni punto ni instrucción alguna. Quita este único pensamiento, y no queda nada digno de registrarse. Más allá de toda objeción, Cristo quiso que permaneciera como evidencia de la necesidad que existe de la oración perseverante.

Tenemos la misma enseñanza enfatizada en el incidente de la mujer sirofenicia, que vino a Jesús en favor de su hija. Aquí, la insistencia se demuestra, no como una grosera impertinencia, sino revestida de los persuasivos atavíos de la humildad, la sinceridad y el fervor. Se nos concede un vislumbre de la fe aferrante de una mujer, del amargo dolor de una mujer y de la perspicacia espiritual de una mujer. El Maestro cruzó hacia aquella región sidonia para que esta verdad quedara reflejada para siempre: no hay súplica tan eficaz como la oración insistente, ni ninguna a la que Dios se rinda tan plena y tan libremente.

La insistencia de esta madre angustiada le ganó la victoria y materializó su petición. Sin embargo, en lugar de ser una ofensa para el Salvador, arrancó de Él una palabra de asombro y grata sorpresa. «Mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres» (Mateo 15:28).

No ora en absoluto quien no presiona su súplica. Las oraciones frías no tienen derecho sobre el cielo, ni audiencia en las cortes celestiales. El fuego es la vida de

la oración, y el cielo se alcanza mediante una insistencia ardiente que asciende en escala creciente.

Volviendo al caso de la viuda insistente, vemos que su viudez, su falta de amigos y su debilidad no contaron para nada ante el juez injusto. La insistencia lo era todo. «Porque esta viuda me es molesta», dijo, «le haré justicia pronto, no sea que me agote la paciencia» (Lucas 18:5). Únicamente porque la viuda se impuso sobre el tiempo y la atención del juez injusto, su caso fue ganado.

Dios espera pacientemente mientras, día y noche, sus escogidos claman a Él. Se conmueve por sus peticiones mil veces más de lo que se conmovió este juez injusto. Se pone un límite a su demora mediante la oración insistente de su pueblo, y la respuesta se da abundantemente. Dios encuentra fe en su hijo que ora —la fe que permanece y clama— y la honra permitiendo su ejercicio adicional, para que sea fortalecida y enriquecida. Luego la recompensa concediendo la carga de su súplica, en plenitud y finalidad.

El caso de la mujer sirofenicia mencionado anteriormente es un ejemplo notable de insistencia exitosa, uno que es eminentemente alentador para todos los que desean orar exitosamente. Fue un caso notable de insistencia y perseverancia hasta la victoria final, frente a obstáculos y estorbos casi insuperables. Pero la mujer los superó todos mediante una fe heroica y un espíritu persistente que fueron tan notables como exitosos. Jesús había ido a su región, *«y no quería que nadie lo supiese»* (Marcos 7:24). Pero ella atraviesa su propósito, viola su privacidad, atrae su atención y derrama ante Él una súplica conmovedora de necesidad y fe. Su corazón estaba en su oración.

Al principio, Jesús parece no prestar atención a su agonía e ignora su clamor de alivio. No le da ni ojo, ni oído, ni palabra. El silencio, profundo y escalofriante, saluda su clamor apasionado. Pero ella no se deja disuadir ni desanimar. Persiste. Los discípulos, ofendidos por su clamor indecoroso, interceden por ella, pero son silenciados cuando el Señor declara que la mujer está completamente fuera del alcance de su misión y de su ministerio.

Pero ni el fracaso de los discípulos para conseguirle una audiencia, ni el conocimiento —desesperanzador en su misma naturaleza— de que está excluida de los beneficios de su misión, la acobardan, y solo sirven para prestar intensidad y mayor audacia a su acercamiento a Cristo. Se acercó más, cortando su oración en dos, y cayendo a sus pies, adorándole, y haciendo suyo el caso de su hija, clama con brevedad punzante: «¡Señor, socórreme!» (Mateo 15:25). Este último clamor ganó su caso; su hija fue sanada en esa misma hora. Esperanzada, urgente e incansable, permanece cerca del Maestro, insistiendo y orando hasta que la respuesta es dada. ¡Qué estudio de insistencia, de sinceridad, de persistencia, impulsada y propulsada bajo condiciones que habrían desanimado a cualquiera que no fuera un alma heroica y constante!

En estas parábolas de la oración insistente, nuestro Señor presenta, para nuestra información y aliento, las serias dificultades que se interponen en el camino de la oración. Al mismo tiempo, enseña que la insistencia conquista todas las circunstancias adversas y obtiene para sí misma la victoria sobre toda una hueste de estorbos. Enseña, además, que la respuesta a la oración está condicionada a la cantidad de fe que acompaña a la petición. Para probar esto, Él retrasa la respuesta. El orador superficial se sumerge en el silencio cuando la respuesta se retrasa. Pero el hombre de oración se aferra, y sigue aferrándose. El Señor reconoce y honra su fe, y le da una respuesta rica y abundante a su oración insistente que evidencia su fe.

VII. ORACIÓN E INSISTENCIA (Continuación)

«Las dos terceras partes de la oración que hacemos son por aquello que nos daría el mayor placer posible recibir. Es una especie de autocomplacencia espiritual en la que nos involucramos y, como consecuencia, es lo exactamente opuesto a la autodisciplina. Dios sabe todo esto y mantiene a sus hijos pidiendo. Con el proceso del tiempo —su tiempo— nuestras peticiones adquieren otro aspecto, y nosotros, otra actitud espiritual. Dios nos mantiene orando hasta que, en su sabiduría, se digna a responder. Y no importa cuánto tiempo pase antes de que hable, es, incluso entonces, mucho más temprano de lo que tenemos derecho a esperar o esperanza de merecer.» — ANÓNIMO

EL TENOR de las enseñanzas de Cristo es declarar que los hombres han de orar con seriedad —orar con una seriedad que no puede ser negada. El cielo tiene oídos atentos solo para los de corazón entero y los profundamente sinceros. La energía, el valor y la perseverancia constante deben respaldar las oraciones que el cielo respeta y que Dios escucha. Todas estas cualidades del alma, tan esenciales para la oración eficaz, se ponen de manifiesto en la parábola del hombre que fue a su amigo por pan a la medianoche. Este hombre emprendió su cometido con confianza. La amistad le prometía éxito. Su súplica era apremiante: en verdad, no podía regresar con las manos vacías. La negativa rotunda lo mortificó y sorprendió. ¡Aquí incluso la amistad falló! Pero aún quedaba algo por intentar: la resolución firme, la determinación fija e inquebrantable. Se quedaría e insistiría en su demanda hasta que la puerta se abriera y la petición fuera concedida. Esto procedió a hacer, y a fuerza de insistencia aseguró lo que la solicitud ordinaria no había logrado obtener.

El éxito de este hombre, logrado frente a una negativa rotunda, fue utilizado por el Salvador para ilustrar la necesidad de la insistencia al suplicar ante el trono de la gracia celestial. Cuando la respuesta no se da de inmediato, el cristiano que ora debe reunir valor en cada demora y avanzar en urgencia hasta que llegue la respuesta que está asegurada, si tan solo tiene la fe para presentar su petición con fe vigorosa.

La laxitud, el desaliento, la impaciencia y la timidez serán fatales para nuestras oraciones. Aguardando el embate de nuestra importunidad e insistencia, está el corazón del Padre, la mano del Padre, el poder infinito del Padre, la voluntad infinita del Padre de escuchar y dar a sus hijos.

La oración insistente es el movimiento interior, sincero y profundo del corazón hacia Dios. Es el lanzamiento de toda la fuerza del hombre espiritual al ejercicio de la oración. Isaías lamentaba que nadie se esforzara para aferrarse a Dios. Mucha oración se hizo en los días de Isaías, pero era demasiado fácil, indiferente y complaciente. No había movimientos poderosos de las almas hacia Dios. No había un despliegue de energías santificadas empeñadas en alcanzar y luchar con Dios, para extraer de Él los tesoros de su gracia. Las oraciones sin fuerza no tienen poder para vencer dificultades, ni poder para lograr resultados notables, ni para obtener victorias completas. Debemos vencer a Dios, antes de poder ganar nuestra causa.

Isaías miró hacia adelante con ojos de esperanza al día en que la religión florecería, cuando habría tiempos de oración verdadera. Cuando llegaran esos tiempos, los atalayas no disminuirían su vigilancia, sino que clamarían día y noche, y aquellos que eran los remembradores del Señor no le darían descanso. Sus esfuerzos urgentes y persistentes mantendrían todos los intereses espirituales comprometidos y harían demandas crecientes sobre los inagotables tesoros de Dios.

La oración insistente nunca desfallece ni se cansa; nunca se desanima; nunca cede a la cobardía, sino que es sostenida y mantenida a flote por una esperanza que no conoce la desesperación, y una fe que no se suelta. La oración insistente tiene paciencia para esperar y fuerza para continuar. Nunca se prepara para dejar de orar y rehúsa levantarse de sus rodillas hasta que se recibe una respuesta.

Las palabras familiares, aunque alentadoras, de aquel gran misionero, Adoniram Judson, son el testimonio de un hombre que fue importuno en la oración. Él dice:

«Nunca me interesé profundamente en ningún objetivo, nunca oré sincera y fervientemente por él, sin que llegara en algún momento, sin importar cuán distante estuviera el día. De alguna manera, en alguna forma, probablemente la última que yo hubiera ideado, llegó.»

«Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.» Estos son los desafíos resonantes de nuestro Señor con respecto a la oración, y su indicación de que la oración verdadera debe permanecer y avanzar en esfuerzo y urgencia, hasta que la oración sea respondida y la bendición buscada sea recibida.

En las tres palabras *pedir*, *buscar*, *llamar*, en el orden en que Él las coloca, Jesús urge la necesidad de la insistencia en la oración. Pedir, buscar y llamar son peldaños ascendentes en la escalera de la oración exitosa. Ningún principio es más definitivamente enfatizado por Cristo que el de que la oración que prevalece debe tener en sí la cualidad que espera y persevera, el valor que nunca se rinde, la paciencia que nunca se cansa, la resolución que nunca vacila.

En la parábola que precede a la del Amigo a Medianoche, se esboza una lección muy significativa e instructiva a este respecto. El valor indomable, la persistencia incesante, la firmeza de propósito, son las principales entre las cualidades incluidas en la estimación de Cristo de la forma más alta y exitosa de oración.

La insistencia se compone de intensidad, perseverancia, paciencia y persistencia. La demora aparente en responder la oración es el fundamento y la demanda de la insistencia. En el primer caso registrado de un milagro realizado sobre un ciego, según lo da Mateo, tenemos una ilustración de la manera en que nuestro Señor parecía no escuchar de inmediato a aquellos que lo buscaban. Pero los dos ciegos continúan su clamor y lo siguen con su petición continua, diciendo: «Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.» Pero Él no les respondió y entró en la casa. Sin embargo, los necesitados lo siguieron y, finalmente, recobraron la vista y su causa.

El caso del ciego Bartimeo es notable en muchos aspectos. Es especialmente notable por la demostración de persistencia que este ciego exhibió al apelar a

nuestro Señor. Si fue —como parece— que su primer clamor se produjo cuando Jesús entraba en Jericó, y que continuó hasta que Jesús salió del lugar, es una ilustración aún más fuerte de la necesidad de la oración insistente y del éxito que viene a aquellos que lo apuestan todo a Cristo y no le dan paz hasta que les concede el deseo de su corazón.

Marcos nos presenta todo el incidente de manera gráfica. Al principio, Jesús parece no oír. La multitud reprende el clamor ruidoso de Bartimeo. A pesar de la aparente indiferencia de nuestro Señor, sin embargo, y a pesar de la reprensión de una multitud impaciente y de mal genio, el mendigo ciego aún clama y aumenta la intensidad de su clamor, hasta que Jesús es impresionado y conmovido. Finalmente, la multitud, así como Jesús, escuchan la súplica del mendigo y declaran a favor de su causa. Él gana su caso. Su insistencia prevalece incluso frente a la aparente negligencia por parte de Jesús, y a pesar de la oposición y la reprensión de la población circundante. Su persistencia venció donde la indiferencia tibia seguramente habría fracasado.

La fe tiene su provincia, en conexión con la oración y, por supuesto, tiene su asociación inseparable con la insistencia. Pero esta última cualidad impulsa la oración hasta el punto de la creencia. Un espíritu persistente lleva a un hombre al lugar donde la fe se apodera, reclama y se apropia de la bendición.

La necesidad imperativa de la oración insistente está claramente expuesta en la Palabra de Dios y necesita ser declarada y re-declarada hoy. Somos propensos a pasar por alto esta verdad vital. El amor a la comodidad, la indolencia espiritual, la pereza religiosa, todo opera en contra de este tipo de petición. Nuestra oración, sin embargo, necesita ser impulsada y proseguida con una energía que nunca se cansa, una persistencia que no será negada y un valor que nunca falla.

Tenemos necesidad, también, de pensar en ese hecho misterioso de la oración: la certeza de que habrá demoras, negativas y aparentes fracasos en conexión con su ejercicio. Hemos de prepararnos para estos, soportarlos y no cesar en nuestra oración urgente. Como un soldado valiente que, a medida que el

conflicto se vuelve más severo, exhibe un valor superior al de las etapas iniciales de la batalla; así el cristiano que ora, cuando la demora y la negativa le enfrentan, aumenta su petición ferviente y no cesa hasta que la oración prevalece. Moisés proporciona un ejemplo ilustre de insistencia en la oración. En lugar de permitir que su cercanía a Dios y su intimidad con Él dispensaran la necesidad de la insistencia, las considera como un mejor equipamiento para su ejercicio. Cuando Israel erigió el becerro de oro, la ira de Dios se encendió ferozmente contra ellos, y Jehová, decidido a ejecutar justicia, le dijo a Moisés al divulgar lo que se proponía hacer: «Déjame solo.» Pero Moisés no lo dejó solo. Se postró delante del Señor en una agonía de intercesión en favor de los israelitas pecadores, y durante cuarenta días y noches, ayunó y oró. ¡Qué temporada de oración insistente fue aquella!

Jehová estaba airado también contra Aarón, quien había actuado como líder en este negocio idólatra del becerro de oro. Pero Moisés oró por Aarón así como por los israelitas; si no lo hubiera hecho, tanto Israel como Aarón habrían perecido bajo el fuego consumidor de la ira de Dios.

Aquella larga temporada de súplica delante de Dios dejó su poderosa impresión en Moisés. Había estado en estrecha relación con Dios anteriormente, pero su carácter nunca alcanzó la grandeza que lo marcó en los días y años siguientes a esta larga temporada de intercesión insistente.

¡No puede haber duda de que la oración insistente mueve a Dios y eleva el carácter humano! Si estuviéramos más con Dios en esta gran ordenanza de la intercesión, más brillantemente resplandecería nuestro rostro, más ricamente dotados estarían la vida y el servicio, con las cualidades que ganan la buena voluntad de la humanidad y traen gloria al Nombre de Dios.

VIII. LA ORACIÓN Y EL CARÁCTER Y LA CONDUCTA

«El general Charles James Gordon, el héroe de Jartum, fue un soldado verdaderamente cristiano. Encerrado en la ciudad sudanesa, resistió gallardamente durante un año, pero finalmente fue vencido y muerto. En su monumento en la Abadía de Westminster están estas palabras: "Dio su dinero a los pobres; su simpatía a los afligidos; su vida a su país y su alma a Dios"» — HOMER W. HODGE.

La oración gobierna la conducta y la conducta forma el carácter. La conducta es lo que hacemos; el carácter es lo que somos. La conducta es la vida exterior. El carácter es la vida no vista, oculta en el interior, pero evidenciada por lo que se ve. La conducta es externa, se ve desde fuera; el carácter es interno — opera en el interior. En la economía de la gracia, la conducta es el fruto del carácter. El carácter es el estado del corazón; la conducta, su expresión exterior. El carácter es la raíz del árbol; la conducta, el fruto que produce.

La oración está relacionada con todos los dones de la gracia. Con el carácter y la conducta su relación es la de una ayudadora. La oración ayuda a establecer el carácter y a moldear la conducta, y ambas, para su continuidad exitosa, dependen de la oración. Puede haber cierto grado de carácter moral y conducta independientes de la oración, pero no puede haber nada parecido a un carácter religioso distintivo ni a una conducta cristiana sin ella. La oración ayuda donde todos los demás auxilios fallan. Cuanto más oramos, mejores somos, más pura y mejor es nuestra vida.

El fin y propósito mismo de la obra expiatoria de Cristo es crear carácter religioso y producir conducta cristiana.

«quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2:14).

En la enseñanza de Cristo, no es simplemente en obras de caridad y actos de misericordia en lo que Él insiste, sino en el carácter espiritual interior. Esto es lo que se exige, y nada menos que esto será suficiente.

En el estudio de las Epístolas de Pablo, hay una cosa que sobresale clara e inconfundiblemente: la insistencia en la santidad del corazón y la justicia de la vida. Pablo no busca tanto promover lo que se denomina «obra personal», ni es el tema principal de sus cartas los actos de caridad. Es la condición del corazón humano y la irreprehensibilidad de la vida personal lo que forma el peso de los escritos de San Pablo.

En otras partes de las Escrituras también, son el carácter y la conducta los que se hacen preeminentes. La religión cristiana trata con hombres que carecen de carácter espiritual y son impíos en su vida, y tiene como objetivo cambiarlos para que lleguen a ser santos de corazón y justos en su vida. Busca cambiar a los hombres malos en hombres buenos; trata con la maldad interior y obra para transformarla en bondad interior. Y es precisamente aquí donde la oración entra y demuestra su maravillosa eficacia y fruto. La oración impulsa hacia este fin específico. De hecho, sin la oración, ningún cambio tan sobrenatural en el carácter moral puede efectuarse jamás. Porque el cambio de la maldad a la bondad no se obra «por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho», sino según la misericordia de Dios, que nos salva «por el lavamiento de la regeneración» (Tito 3:5). Y este maravilloso cambio se realiza mediante la oración sincera, perseverante y fiel. Cualquier supuesta forma de cristianismo que no efectúe este cambio en el corazón de los hombres es un engaño y una trampa.

El oficio de la oración es cambiar el carácter y la conducta de los hombres, y en innumerables casos esto se ha logrado mediante la oración. En este punto, la oración, por sus credenciales, ha demostrado su divinidad. Y así como es el oficio de la oración efectuar esto, también es la obra primordial de la Iglesia tomar a los hombres malos y hacerlos buenos. Su misión es cambiar la naturaleza humana, transformar el carácter, influir en el comportamiento, revolucionar la conducta. Se presume que la Iglesia es justa, y debe estar ocupada en convertir a los

hombres a la justicia. La Iglesia es la fábrica de Dios en la tierra, y su deber principal es crear y fomentar la justicia de carácter. Este es su primer negocio. Principalmente, su obra no es adquirir miembros, ni acumular números, ni apuntar a la obtención de dinero, ni dedicarse a obras de caridad y actos de misericordia, sino producir justicia de carácter y pureza de la vida exterior.

Un producto refleja y participa del carácter de la fábrica que lo produce. Una Iglesia justa con un propósito justo produce hombres justos. La oración produce limpieza de corazón y pureza de vida. No puede producir otra cosa. La conducta injusta nace de la falta de oración; las dos van de la mano. La oración y el pecado no pueden hacer compañía mutuamente. Una de las dos, necesariamente, debe cesar. Haga que los hombres oren, y dejarán de pecar, porque la oración crea disgusto por el pecado, y obra de tal manera en el corazón que el mal hacer se vuelve repugnante, y toda la naturaleza se eleva a una contemplación reverente de cosas elevadas y santas.

La oración se basa en el carácter. Lo que somos con Dios mide nuestra influencia con Él. Fue el carácter interior, no la apariencia exterior, de hombres como Abraham, Job, David, Moisés y todos los demás, quienes tuvieron tan grande influencia ante Dios en los días antiguos. Y hoy, no son tanto nuestras palabras como lo que realmente somos lo que pesa ante Dios. La conducta afecta al carácter, por supuesto, y cuenta mucho en nuestra oración. Al mismo tiempo, el carácter afecta a la conducta en mucha mayor medida, y tiene una influencia superior sobre la oración. Nuestra vida interior no solo da color a nuestra oración, sino también cuerpo. La mala vida significa mala oración y, al final, ninguna oración en absoluto. Oramos débilmente porque vivimos débilmente. La corriente de la oración no puede elevarse más alto que la fuente de la vida. La fuerza del aposento interior está compuesta por la energía que fluye de las corrientes confluentes de la vida. Y la debilidad de la vida surge de la superficialidad y la mezquindad del carácter.

La debilidad de la vida refleja su dolencia y languidez en las horas de oración. Simplemente no podemos hablar con Dios con fuerza, intimidad y confianza a menos que estemos viviendo para Él, fiel y verdaderamente. El aposento de

oración no puede ser santificado para Dios cuando la vida es ajena a Sus preceptos y propósito. Debemos aprender bien esta lección: que el carácter justo y la conducta semejante a la de Cristo nos dan una posición peculiar y preferente en la oración delante de Dios. Su santa Palabra da énfasis especial al papel que la conducta tiene en impartir valor a nuestra oración cuando declara:

«Entonces invocarás, y te responderá Jehová; clamarás, y dirá Él: Henne aquí; si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo que amenaza, y el hablar vanidad» (Isaías 58:9).

La maldad de Israel y sus prácticas abominables fueron citadas definitivamente por Isaías como la razón por la cual Dios apartaría Sus oídos de sus oraciones:

«Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, no os oiré; porque vuestras manos están llenas de sangre» (Isaías 1:15).

La misma triste verdad fue declarada por el Señor por boca de Jeremías:

«Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque no los oiré en el tiempo que ellos clamen a mí por su calamidad» (Jeremías 11:14).

Aquí se declara claramente que la conducta impía es una barrera para la oración eficaz, así como se indica claramente que, para tener pleno acceso a Dios en la oración, debe haber un abandono total del pecado consciente y premeditado.

Se nos ordena orar, «levantando manos santas, sin ira ni contienda» (1 Timoteo 2:8), y debemos pasar el tiempo de nuestra peregrinación aquí con una abstinencia rigurosa del mal si hemos de conservar nuestro privilegio de invocar al Padre. No podemos, por ningún proceso, divorciar la oración de la conducta.

«Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él» (1 Juan 3:22).

Y Santiago declara rotundamente que los hombres piden y no reciben, porque piden mal, y buscan solo la gratificación de deseos egoístas.

La amonestación de nuestro Señor: «Velad, pues, orando siempre» (Lucas 21:36), debe cubrir y guardar toda nuestra conducta, para que podamos venir a nuestro aposento interior con toda su fuerza asegurada por una guardia vigilante mantenida sobre nuestras vidas.

«Y mirad por vosotros, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día» (Lucas 21:34).

Con mucha frecuencia, la experiencia cristiana naufraga en el escollo de la conducta. Las teorías hermosas se ven afeadas por vidas feas. Lo más difícil de la piedad, como también lo más impresionante, es poder vivirla. Es la vida la que cuenta, y nuestra oración sufre, como sufren otras fases de nuestra experiencia religiosa, a causa del mal vivir.

En los tiempos primitivos, a los predicadores se les ordenaba predicar con sus vidas, o no predicar en absoluto. Así también, hoy, los cristianos de todas partes deberían ser exhortados a orar con sus vidas, o a no orar en absoluto. La predicación más eficaz no es la que se escucha desde el púlpito, sino la que se proclama de manera silenciosa, humilde y constante; la que exhibe sus excelencias en el hogar y en la comunidad. El ejemplo predica un sermón mucho más eficaz que el precepto. La mejor predicación, incluso en el púlpito, es aquella que está fortalecida por una vida piadosa en el propio predicador. La obra más eficaz realizada por el banco está precedida y acompañada por la santidad de vida, la separación del mundo y el apartamiento del pecado. Algunos de los llamamientos más poderosos se hacen con labios mudos — por padres piadosos y madres santas que, alrededor del hogar, temían a Dios, amaban Su causa, y exhibían diariamente a sus hijos y a otros a su alrededor las bellezas y excelencias de la vida y la conducta cristianas.

El sermón mejor preparado y más elocuente puede ser dañado y vuelto ineficaz por las prácticas cuestionables del predicador. El obrero eclesiástico más

activo puede ver el trabajo de sus manos viciado por el espíritu mundano y la inconsistencia de vida. Los hombres predicán con sus vidas, no con sus palabras, y los sermones se pronuncian no tanto en un púlpito o desde él, sino en los templetes, las acciones y los mil y un incidentes que llenan el sendero de la vida diaria.

Por supuesto, la oración de arrepentimiento es aceptable a Dios. Él se deleita en escuchar los clamores de los pecadores penitentes. Pero el arrepentimiento implica no solo tristeza por el pecado, sino el apartarse del mal obrar y el aprender a hacer el bien. Un arrepentimiento que no produce un cambio en el carácter y la conducta es una mera farsa, que no debería engañar a nadie. Las cosas viejas deben pasar; todas las cosas deben ser hechas nuevas.

La oración que no resulta en un pensar recto y un vivir recto es una farsa. Hemos errado todo el propósito de la oración si ésta no purga el carácter y rectifica la conducta. Hemos fracasado por completo en comprender la virtud de la oración si ésta no produce la revolucionarización de la vida. Por la misma naturaleza de las cosas, debemos dejar de orar o dejar nuestra mala conducta. La oración fría y formal puede existir codo con codo con la mala conducta, pero tal oración, ante la estimación de Dios, no es oración en absoluto. Nuestra oración avanza en poder justamente en la medida en que rectifica la vida. El crecer en pureza y devoción a Dios producirá una vida más llena de oración.

El carácter de la vida interior es una condición para la oración eficaz. Como sea la vida, así será la oración. Una vida inconsistente obstruye la oración y neutraliza la poca oración que podamos hacer. Siempre es «la oración del hombre justo la que vale mucho» (Santiago 5:16). En efecto, uno puede ir más lejos y afirmar que es solamente la oración del justo la que vale algo en absoluto — en cualquier tiempo. Tener la mirada puesta en la gloria de Dios; estar poseído por un deseo sincero de agradarle en todos nuestros caminos; tener las manos ocupadas en Su servicio; tener los pies veloces para correr por el camino de Sus mandamientos — estas cosas dan peso, influencia y poder a la oración, y aseguran una audiencia con Dios. El lastre de nuestras vidas a menudo rompe la fuerza de nuestra oración y, no pocas veces, es como puertas de bronce frente a la oración.

La oración debe salir de un corazón purificado y ser presentada y urgida con el «levantamiento de manos santas» (1 Timoteo 2:8). Debe ser fortalecida por una vida que apunta incesantemente a obedecer a Dios, a alcanzar la conformidad con la ley divina y a someterse a la voluntad divina.

No olvidemos que, si bien la vida es una condición de la oración, la oración es también la condición del vivir recto. La oración promueve el vivir recto y es la gran ayuda para la rectitud del corazón y de la vida. El fruto de la oración real es el vivir recto. La oración pone a aquel que ora en la gran tarea de «ocuparse en su salvación con temor y temblor» (Filipenses 2:12); le pone a vigilar su temple, su conversación y su conducta; le hace «andar con prudencia, redimiendo el tiempo» (Efesios 5:15-16); le capacita para «andar como es digno de la vocación con que fue llamado, con toda humildad y mansedumbre» (Efesios 4:1-2); le da un alto incentivo para proseguir su peregrinación de manera consecuente, «evitando todo camino malo, y andando en el bueno».

IX. ORACIÓN Y OBEDIENCIA

«Se descubrió en Fletcher de Madeley una obediencia que desearía poder describir o imitar. Esto le infundió una disposición a aceptar cualquier adversidad con entusiasmo y alegría. Tenía un amor singular por los corderos del rebaño, y se aplicaba con la mayor diligencia a su instrucción, para lo cual poseía un don peculiar... Toda su relación conmigo estaba tan mezclada con oración y alabanza, que cada ocupación y cada comida estaba, por así decirlo, perfumada con ellas.» — JUAN WESLEY.

BAJO la ley mosaica, la obediencia era considerada como «mejor que el sacrificio, y el prestar atención, mejor que la grosura de los carneros». En Deuteronomio 5:29, Moisés representa al Dios Todopoderoso declarándose a Sí mismo en cuanto a esta cualidad de una manera que no dejaba duda sobre la importancia que Él otorgaba a su ejercicio. Refiriéndose a la obstinación de Su pueblo, clama:

«¡Quién diera que tuvieran tal corazón, que me temieran y guardaran todos los días todos mis mandamientos, para que les fuera bien a ellos y a sus hijos para siempre!»

Sin duda, la obediencia es una virtud elevada, una cualidad de soldado. Obedecer pertenece, eminentemente, al soldado. Es su primera y última lección, y debe aprender a practicarla todo el tiempo, sin cuestionamientos, sin quejarse. La obediencia, además, es la fe en acción, y es el resultado, así como la misma prueba del amor. «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama».

Además: la obediencia es la conservadora y la vida del amor.

«Si guardáis mis mandamientos», dice Jesús, «permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor».

¡Qué maravillosa declaración de la relación creada y mantenida por la obediencia! ¡El Hijo de Dios es sostenido en el seno del amor del Padre, en virtud de Su obediencia! Y el factor que capacita al Hijo de Dios para permanecer

siempre en el amor de Su Padre se revela en Su propia declaración: «Porque yo hago siempre lo que le agrada».

El don del Espíritu Santo en medida completa y en experiencia más rica depende de la obediencia amorosa:

«Si me amáis, guardad mis mandamientos», es la palabra del Maestro. «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre».

La obediencia a Dios es una condición de prosperidad espiritual, satisfacción interior y estabilidad del corazón. «Si estuvierais dispuestos y obedecierais, comeréis el fruto de la tierra». La obediencia abre las puertas de la Ciudad Santa y da acceso al árbol de la vida.

«Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para tener derecho al árbol de la vida y entrar por las puertas en la ciudad».

¿Qué es la obediencia? Es hacer la voluntad de Dios: es guardar sus mandamientos. ¿Cuántos de los mandamientos constituyen la obediencia? ¿Guardar la mitad de ellos y quebrantar la otra mitad — es eso obediencia real? ¿Guardar todos los mandamientos menos uno — es eso obediencia? Sobre este punto, el apóstol Santiago es sumamente explícito: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos».

El espíritu que impulsa a un hombre a quebrantar un mandamiento es el espíritu que puede moverlo a quebrantarlos todos. Los mandamientos de Dios son una unidad, y quebrantar uno atenta contra el principio que subyace y atraviesa todo el conjunto. El que no duda en quebrantar un solo mandamiento, — es más que probable — bajo la misma presión y rodeado de las mismas circunstancias, los quebrantaría todos.

Se exige la obediencia universal de la criatura. Nada menos que la obediencia implícita satisfará a Dios, y el guardar todos sus mandamientos es la demostración de ello que Dios requiere. Pero, ¿podemos guardar todos los mandamientos de Dios? ¿Puede un hombre recibir capacidad moral que le

habilite para obedecer cada uno de ellos? Ciertamente puede. Por toda señal, el hombre puede, mediante la oración, obtener capacidad para hacer precisamente esto.

¿Acaso da Dios mandamientos que los hombres no pueden obedecer? ¿Es Él tan arbitrario, tan severo, tan falto de amor, como para emitir mandamientos que no pueden ser obedecidos? La respuesta es que en todos los anales de la Sagrada Escritura no se registra un solo caso de que Dios haya mandado a hombre alguno hacer algo que estuviera más allá de su capacidad. ¿Es Dios tan injusto y tan desconsiderado como para exigir del hombre aquello que no puede rendir? Ciertamente no. Inferirlo es calumniar el carácter de Dios.

Reflexionemos un momento sobre este pensamiento: ¿Exigen los padres terrenales de sus hijos deberes que no pueden cumplir? ¿Dónde está el padre que siquiera pensaría en ser tan injusto y tan tiránico? ¿Es Dios menos bondadoso y justo que los padres terrenales imperfectos? ¿Son ellos mejores y más justos que un Dios perfecto? ¡Cuán absolutamente necio e insostenible es ese pensamiento!

En principio, la obediencia a Dios es la misma cualidad que la obediencia a los padres terrenales. Implica, en efecto general, el renunciar al propio camino y seguir el de otro; el entregar la voluntad a la voluntad de otro; el someterse uno mismo a la autoridad y los requerimientos de un padre. Los mandamientos, ya sea de nuestro Padre celestial o de nuestro padre terrenal, son directrices de amor, y todos tales mandamientos están en el mejor interés de aquellos a quienes se les manda. Los mandamientos de Dios no se emiten ni con severidad ni con tiranía. Siempre se emiten con amor y para nuestro bien, y por tanto nos corresponde prestarles atención y obedecerlos. En otras palabras, y valorado en su mínimo grado — habiendo Dios emitido sus mandamientos para nuestro bien, vale la pena, por lo tanto, ser obediente. La obediencia trae su propia recompensa. Dios lo ha ordenado así, y ya que Él lo ha hecho, incluso la razón humana puede comprender que Él jamás exigiría aquello que está fuera de nuestro poder para rendir.

La obediencia es amor que cumple cada mandamiento, amor expresándose a sí mismo. La obediencia, por tanto, no es una demanda dura que se nos hace, como tampoco lo es el servicio que un esposo rinde a su esposa, o una esposa a su esposo. El amor se deleita en obedecer y agradar a quien ama. No hay durezas en el amor. Puede haber exigencias, pero no molestia. No hay tareas imposibles para el amor.

Con qué sencillez y de qué manera tan natural dice el apóstol Juan: «Y cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él».

Esto es obediencia, anticipándose a todo y cada mandamiento. Es amor, obedeciendo por anticipación. Erran gravemente, y hasta pecan, quienes declaran que los hombres están obligados a cometer iniquidad, ya sea por el ambiente, la herencia o la tendencia. Los mandamientos de Dios no son gravosos. Sus caminos son caminos de deleite, y todas sus veredas paz. La tarea que corresponde a la obediencia no es difícil. «Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga».

Lejos esté de nuestro Padre celestial exigir imposibilidades a sus hijos. Es posible agradarle en todas las cosas, pues Él no es difícil de agradar. Él no es ni un maestro duro ni un señor austero, «que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste». ¡Gracias a Dios, es posible para todo hijo de Dios agradar a su Padre celestial! En realidad, es mucho más fácil agradarle a Él que agradar a los hombres. Además, podemos saber cuándo le agradamos. Este es el testimonio del Espíritu — la seguridad divina interior, dada a todos los hijos de Dios de que están haciendo la voluntad de su Padre, y que sus caminos son agradables delante de sus ojos.

Los mandamientos de Dios son justos y están fundados en justicia y sabiduría. «Así que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno». «Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos». Los mandamientos de Dios, entonces, pueden ser obedecidos por todos los que buscan suministros de gracia que los capaciten para obedecer. Estos mandamientos deben ser obedecidos. El gobierno de Dios está en juego. Los hijos de Dios están bajo la

obligación de obedecerle; la desobediencia no puede ser permitida. El espíritu de rebelión es la esencia misma del pecado. Es la repudiación de la autoridad de Dios, lo cual Dios no puede tolerar. Nunca lo ha hecho, y una declaración de Su actitud fue parte de la razón por la cual el Hijo del Altísimo fue manifestado entre los hombres:

«Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu».

Si alguien se quejara de que la humanidad, bajo la caída, es demasiado débil e indefensa para obedecer estos elevados mandamientos de Dios, la respuesta es que, mediante la expiación de Cristo, el hombre es capacitado para obedecer. La Expiación es el Acto Habilitador de Dios. Aquello que Dios obra en nosotros, en la regeneración y por medio de la agencia del Espíritu Santo, otorga gracia capacitadora suficiente para todo lo que se requiere de nosotros, bajo la Expiación. Esta gracia se suministra sin medida, en respuesta a la oración. De modo que, mientras Dios manda, Él, al mismo tiempo, se compromete a darnos toda la fuerza de voluntad y gracia de alma necesarias para cumplir sus demandas. Siendo esto verdad, el hombre queda sin excusa por su desobediencia y es eminentemente censurable por rehusar, o fallar, en asegurar la gracia necesaria, mediante la cual pueda servir al Señor con reverencia y con temor piadoso.

Hay una consideración importante que aquellos que declaran que es imposible guardar los mandamientos de Dios pasan por alto extrañamente, y es la verdad vital que declara que mediante la oración y la fe, la naturaleza del hombre es cambiada, y hecha participante de la naturaleza divina; que se le quita toda reticencia a obedecer a Dios, y que su incapacidad natural para guardar los mandamientos de Dios, surgida de su estado caído e indefenso, es gloriosamente removida. Por este cambio radical que se obra en su naturaleza moral, el hombre recibe poder para obedecer a Dios en todo sentido, y para rendir una lealtad plena y gozosa. Entonces puede decir: «Me deleito en hacer tu voluntad, Dios

mío» (Salmo 40:8). No solo se remueve la rebelión propia del hombre natural, sino que un corazón que obedece gozosamente la Palabra de Dios, es benditamente recibido.

Si se afirma que el hombre no renovado, con todas las discapacidades de la Caída sobre él, no puede obedecer a Dios, no habrá negación. Pero declarar que, después de que uno es renovado por el Espíritu Santo, ha recibido una nueva naturaleza, y se ha convertido en hijo del Rey, no puede obedecer a Dios, es asumir una actitud ridícula, y mostrar, además, una lamentable ignorancia de la obra e implicaciones de la Expiación.

La obediencia implícita y perfecta es el estado al cual el hombre de oración es llamado. «Levantando manos santas, sin ira ni contienda» (1 Timoteo 2:8), es la condición de la oración obediente. Aquí la fidelidad y el amor interiores, junto con la limpieza exterior, se presentan como concomitantes de la oración aceptable.

Juan da la razón de la oración contestada en el pasaje citado anteriormente: «Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:22).

Visto que el guardar los mandamientos de Dios se presenta aquí como la razón por la cual Él contesta la oración, es de suponer razonablemente que podemos guardar los mandamientos de Dios, podemos hacer las cosas que le son agradables. ¿Haría Dios del guardar sus mandamientos una condición para la oración eficaz, pensáis vosotros, si supiera que no podemos guardar sus estatutos? ¡Seguramente, seguramente no!

La obediencia puede pedir con denuedo ante el Trono de la gracia, y aquellos que la ejercen son los únicos que pueden pedir de esa manera. Las personas desobedientes son tímidas en su acercamiento y vacilantes en su súplica. Son detenidas a causa de su mal proceder. El hijo que solicita pero es obediente, entra en la presencia de su padre con confianza y denuedo. Su misma conciencia de obediencia le da valor y lo libra del temor nacido de la desobediencia.

Hacer la voluntad de Dios sin titubear, es el gozo y también el privilegio del hombre que ora con éxito. Es aquel que tiene manos limpias y corazón puro el que puede orar con confianza. En el Sermón del Monte, Jesús dijo:

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21).

A esta gran declaración se puede añadir otra:

«Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (Juan 15:10).

«El oficio del cristiano», dice Lutero, «es la oración». Pero el cristiano tiene otro oficio que aprender, antes de proceder a aprender los secretos del oficio de la oración. Debe aprender bien el oficio de la obediencia perfecta a la voluntad del Padre. La obediencia sigue al amor, y la oración sigue a la obediencia. El negocio de la observancia real de los mandamientos de Dios acompaña inseparablemente al negocio de la oración real.

Uno que ha sido desobediente puede orar. Puede orar por misericordia perdonadora y la paz de su alma. Puede venir al estrado de Dios con lágrimas, con confesión, con corazón penitente, y Dios lo oirá y contestará su oración. Pero este tipo de oración no pertenece al hijo de Dios, sino al pecador penitente, que no tiene otro camino por el cual acercarse a Dios. Es la posesión del alma no justificada, no de aquel que ha sido salvo y reconciliado con Dios.

Una vida obediente ayuda a la oración. Acelera la oración al trono. Dios no puede dejar de oír la oración de un hijo obediente. Siempre ha oído a sus hijos obedientes cuando hanorado. La obediencia sin cuestionamientos cuenta mucho ante los ojos de Dios, en el trono de la gracia celestial. Actúa como las mareas confluyentes de muchos ríos, y da volumen y plenitud de flujo, así como poder, al lugar de oración. Una vida obediente no es simplemente una vida reformada. No es la vieja vida remozada y pintada de nuevo, ni una vida de asistencia a la iglesia, ni un buen barniz de actividades. Tampoco es una conformación externa a los

dictados de la moral pública. Mucho más que todo esto se combina en una vida verdaderamente obediente, temerosa de Dios, del cristiano.

Una vida de plena obediencia; una vida asentada en los términos más íntimos con Dios; donde la voluntad está en plena conformidad con la voluntad de Dios; donde la vida exterior muestra el fruto de justicia — tal vida no ofrece barrera al aposento interior, sino más bien, como Aarón y Hur, levanta y sostiene las manos de la oración.

Si tienes un deseo ferviente de orar bien, debes aprender cómo obedecer bien. Si tienes el deseo de aprender a orar, entonces debes tener un deseo ferviente de aprender cómo hacer la voluntad de Dios. Si deseas orar a Dios, primero debes tener un deseo consumidor de obedecerle. Si quisieras tener libre acceso a Dios en la oración, entonces todo obstáculo en la naturaleza del pecado o la desobediencia debe ser removido. Dios se deleita en las oraciones de los hijos obedientes. Las peticiones que salen de los labios de aquellos que se deleitan en hacer su voluntad, llegan a sus oídos con gran celeridad, y lo inclinan a contestarlas con prontitud y abundancia. En sí mismas, las lágrimas no son meritorias. Sin embargo, tienen sus usos en la oración. Las lágrimas deben bautizar nuestro lugar de súplica. El que nunca ha llorado por sus pecados, nunca ha orado realmente por sus pecados. Las lágrimas, a veces, son el único ruego del penitente. Pero las lágrimas son para el pasado, para el pecado y la maldad. Hay otro paso y etapa, esperando ser dados. Es el de la obediencia sin cuestionamientos, y hasta que se dé, la oración por bendición y sustento continuo será en vano.

En todas partes de la Sagrada Escritura, Dios es representado como desaprobando la desobediencia y condenando el pecado, y esto es tan cierto en las vidas de sus elegidos como lo es en las vidas de los pecadores. En ningún lugar Él tolera el pecado o excusa la desobediencia. Siempre, Dios pone el énfasis en la obediencia a sus mandamientos. La obediencia a ellos trae bendición; la desobediencia encuentra desastre. Esto es verdad, en la Palabra de Dios, desde su principio hasta su fin. Es por esto que los hombres de oración, en la Sagrada Escritura, tuvieron tal influencia con Dios. Los hombres obedientes, siempre, han

estado más cerca de Dios. Estos son los que han orado bien y han recibido grandes cosas de Dios, los que han traído a cabo grandes cosas.

La obediencia a Dios cuenta enormemente en el ámbito de la oración. Este hecho no puede ser enfatizado demasiado ni con demasiada frecuencia. Abogar por una fe religiosa que tolera el pecado, es cortar el terreno bajo los pies de la oración eficaz. Excusar el pecado con el pretexto de que la obediencia a Dios no es posible para los hombres no regenerados, es descontar el carácter del nuevo nacimiento, y colocar a los hombres donde la oración eficaz no es posible. En una ocasión Jesús prorrumpió con una pregunta muy pertinente y personal, que llegaba directamente al corazón de la desobediencia, cuando dijo: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6:46).

El que quiera orar, debe obedecer. El que quiera obtener algo de sus oraciones, debe estar en perfecta armonía con Dios. La oración pone en aquellos que oran sinceramente un espíritu de obediencia, porque el espíritu de desobediencia no es de Dios y no pertenece a los ejércitos orantes de Dios.

Una vida obediente es una gran ayuda para la oración. De hecho, una vida obediente es una necesidad para la oración, para la clase que logra cosas. La ausencia de una vida obediente hace de la oración una actuación vacía, un mero nombre inapropiado. Un pecador penitente busca perdón y salvación y tiene respuesta a sus oraciones incluso con una vida manchada y corrupta por el pecado. Pero los intercesores reales de Dios se presentan ante Él con vidas reales. La vida santa promueve la oración santa. Los intercesores de Dios «levantan manos santas», los símbolos de vidas justas y obedientes.

X. ORACIÓN Y OBEDIENCIA (Continuación)

“Muchos hombres ejemplares he conocido, santos de corazón y de vida, en mis ochenta años. Pero a uno igual a John Fletcher —uno tan interior y exteriormente obediente y entregado a Dios— no lo he conocido.” — JOHN WESLEY.

Es digno de notarse que la oración a la cual se le da tan trascendente posición y de la cual se derivan grandes resultados, no es simplemente el rezar oraciones, sino la oración santa. Son las «oraciones de los santos», las oraciones de los santos hombres de Dios. Detrás de tal oración, dándole energía y llama, están los hombres y mujeres que están completamente entregados a Dios, que están enteramente separados del pecado, y plenamente separados para Dios. Estos son quienes siempre dan energía, fuerza y poder a la oración.

Nuestro Señor Jesucristo fue preeminente en la oración, porque fue preeminente en santidad. Una dedicación entera a Dios, una rendición total, que lleva consigo todo el ser, en una llama de santa consagración —todo esto da alas a la fe y energía a la oración. Abre la puerta al trono de la gracia y trae una poderosa influencia sobre el Dios Todopoderoso.

El «levantar manos santas» es esencial para la oración semejante a la de Cristo. No es, sin embargo, una santidad que solo dedica un aposento a Dios, que aparta meramente una hora para Él, sino una consagración que se apodera de todo el hombre, que dedica toda la vida a Dios.

Nuestro Señor Jesucristo, «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores», tuvo plena libertad de acceso y listo acercamiento a Dios en oración. Y tuvo este acceso libre y pleno debido a Su incuestionable obediencia a Su Padre. A lo largo de Su vida terrenal, Su supremo cuidado y deseo fue hacer la voluntad de Su Padre. Y este hecho, junto con otro —la conciencia de haber ordenado así Su vida— le dio confianza y seguridad, que le permitieron acercarse al trono de la gracia con ilimitada confianza, nacida de la obediencia, y que prometía aceptación, audiencia y respuesta.

La obediencia amorosa nos coloca donde podemos «pedir cualquier cosa en Su nombre», con la seguridad de que «Él lo hará». La obediencia amorosa nos trae al reino de la oración y nos hace beneficiarios de las riquezas de Cristo y de las riquezas de Su gracia, mediante la venida del Espíritu Santo que morará con nosotros y estará en nosotros. La obediencia gozosa a Dios nos califica para orar eficazmente.

Esta obediencia que no solo califica sino que precede a la oración, debe ser amorosa, constante, haciendo siempre la voluntad del Padre, y siguiendo gozosamente el camino de los mandamientos de Dios.

En el caso del rey Ezequías, fue una súplica poderosa la que cambió el decreto de Dios de que muriera y no viviera. El atribulado gobernante invocó a Dios para que recordara cómo él había caminado delante de Él en verdad y con corazón perfecto. Para Dios, esto contó. Él escuchó la petición y, como resultado, la muerte encontró su acercamiento a Ezequías bloqueado por quince años.

Jesús aprendió obediencia en la escuela del sufrimiento y, al mismo tiempo, aprendió oración en la escuela de la obediencia. Así como es la oración del hombre justo la que vale mucho, así también la justicia es la obediencia a Dios. Un hombre justo es un hombre obediente, y es él quien puede orar eficazmente, quien puede lograr grandes cosas cuando se postra de rodillas.

La verdadera oración, recuérdese, no es mero sentimiento, ni poesía, ni elocuente declamación. Tampoco consiste en decir con cadencias melosas: «Señor, Señor». La oración no es una mera forma de palabras; no es solo invocar un Nombre. La oración es obediencia. Está fundada sobre la roca adamantina de la obediencia a Dios. Solo aquellos que obedecen tienen el derecho de orar. Detrás del orar debe estar el hacer; y es el hacer constante de la voluntad de Dios en la vida diaria lo que da potencia a la oración, como nuestro Señor claramente enseñó:

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera

demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mateo 7:21-23).

Ningún nombre, por precioso y poderoso que sea, puede proteger y dar eficacia a la oración que no va acompañada del hacer la voluntad de Dios. Tampoco el hacer, sin el orar, puede proteger de la desaprobación divina. Si la voluntad de Dios no domina la vida, la oración no será nada más que un sentimiento enfermizo. Si la oración no inspira, santifica y dirige nuestra obra, entonces la voluntad propia entrará para arruinar tanto la obra como al obrero.

¡Cuán grandes y múltiples son los conceptos erróneos sobre los verdaderos elementos y funciones de la oración! Hay muchos que desean ardientemente obtener respuesta a sus oraciones pero que quedan sin recompensa y sin bendición. Fijan sus mentes en alguna promesa de Dios y luego se esfuerzan, a fuerza de obstinada perseverancia, por convocar fe suficiente para asirla y reclamarla. Este fijar la mente en alguna gran promesa puede servir para fortalecer la fe, pero, a este aferrarse a la promesa debe añadirse la oración persistente e insistente que espera y aguarda hasta que la fe crezca sobremanera. ¿Y quién hay que sea capaz y competente para hacer tal oración, sino el hombre que obedece a Dios pronta, gozosa y continuamente?

La fe, en su forma más elevada, es la actitud así como el acto de un alma rendida a Dios, en quien Su Palabra y Su Espíritu moran. Es verdad que la fe debe existir de alguna forma u otra para impulsar la oración; pero en su forma más fuerte, y en sus mayores resultados, la fe es el fruto de la oración. Que la fe aumenta la capacidad y la eficacia de la oración es verdad; pero es igualmente cierto que la oración aumenta la capacidad y la eficacia de la fe. La oración y la fe obran, actúan y reaccionan, una sobre la otra.

La obediencia a Dios ayuda a la fe como ningún otro atributo posiblemente pueda. Cuando la obediencia —el reconocimiento implícito de la validez y la supremacía de los mandamientos divinos— la fe deja de ser una tarea casi sobrehumana. No requiere esfuerzo forzado ejercerla. La obediencia a Dios hace fácil creer y confiar en Dios. Donde el espíritu de obediencia impregna

plenamente el alma; donde la voluntad está perfectamente rendida a Dios; donde hay un propósito fijo e inalterable de obedecer a Dios, la fe casi se cree a sí misma. La fe entonces se vuelve casi involuntaria. Después de la obediencia es, naturalmente, el siguiente paso, y se da fácil y prontamente. La dificultad en la oración no está con la fe, sino con la obediencia, que es el fundamento de la fe.

Debemos cuidar bien nuestra obediencia, los resortes secretos de la acción, la lealtad de nuestro corazón a Dios, si queremos orar bien y deseamos obtener el máximo provecho de nuestra oración. La obediencia es el cimiento de la oración eficaz; esto es lo que nos acerca a Dios.

La falta de obediencia en nuestras vidas derriba nuestra oración. Muy a menudo, la vida está en rebelión y esto nos coloca donde la oración es casi imposible, excepto que sea por misericordia perdonadora. La vida desobediente produce una oración sumamente pobre. La desobediencia cierra la puerta del aposento interior y barra el camino al Lugar Santísimo. Ningún hombre puede orar —realmente orar— si no obedece.

La voluntad debe ser rendida a Dios como condición primaria de toda oración exitosa. Todo lo que nos rodea recibe su coloración de nuestro carácter más íntimo. La voluntad secreta forma el carácter y controla la conducta. La voluntad, por lo tanto, juega un papel importante en toda oración exitosa. No puede haber oración en su implicación más rica y su sentido más verdadero, donde la voluntad no esté entera y plenamente rendida a Dios. Esta lealtad inquebrantable a Dios es una condición absolutamente indispensable para la mejor, la más verdadera y la más eficaz oración. «Simplemente tenemos que confiar y obedecer; no hay otro camino, para ser felices en Jesús — sino confiar y obedecer.»

XI. ORACIÓN Y VIGILANCIA

«David Brainerd fue perseguido por adversarios sobrenaturales, resueltos a robarle su recompensa. Sabía que nunca debía quitarse la armadura, sino descansar con el coselete ajustado. Las manchas que afeaban la perfección de su lustrosa vestidura, las manchas de óxido en su brillante escudo, son imperceptibles para nosotros; pero fueron, para él, fuente de mucho dolor y de ardiente anhelo.» — *VIDA DE DAVID BRAINERD*.

LA DESCRIPCIÓN del soldado cristiano dada por Pablo en el sexto capítulo de la Epístola a los Efesios es compacta y exhaustiva. Se le representa como estando siempre en el conflicto, el cual tiene muchas estaciones fluctuantes — estaciones de prosperidad y adversidad, luz y oscuridad, victoria y derrota. Ha de orar en todo tiempo, y con toda oración, añadiendo esto a la armadura con la que ha de salir a la batalla. En todo momento, ha de tener la plena panoplia de la oración. El soldado cristiano, si pelea para vencer, debe orar mucho. Solo por este medio se le capacita para derrotar a su inveterado enemigo, el diablo, junto con los múltiples emisarios del Maligno. «Orando en todo tiempo con toda oración» es la dirección divina que se le da. Esto cubre todas las estaciones y abarca toda clase de oración.

Los soldados cristianos, que pelean la buena batalla de la fe, tienen acceso a un lugar de retiro, al cual recurren continuamente para orar. «Orando en todo tiempo con toda oración» es una declaración clara de la necesidad imperiosa de orar mucho, y de orar de muchas maneras, por parte de aquel que, peleando la buena batalla de la fe, quisiera triunfar, al final, sobre todos sus enemigos.

La Versión Revisada lo expresa de esta manera:

«Con toda oración y súplica, orando en todo tiempo en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos, y por mí, a fin de que me sea dada palabra al abrir mi boca para dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio, por el cual soy embajador en cadenas.»

No se puede afirmar con demasiada frecuencia que la vida del cristiano es una guerra, un conflicto intenso, una contienda de por vida. Es, además, una batalla librada contra enemigos invisibles, que están siempre alerta y que siempre buscan atrapar, engañar y arruinar las almas de los hombres. La vida a la que la Sagrada Escritura llama a los hombres no es un picnic ni una juerga festiva. No es un pasatiempo, ni un viaje de placer. Implica esfuerzo, lucha, forcejeo; exige el despliegue de toda la energía del espíritu para frustrar al enemigo y salir, al final, más que vencedor. No es un camino de rosas, ni un devaneo perfumado de rosas. De principio a fin, es guerra. Desde la hora en que desenvaina la espada por primera vez, hasta aquella en que se quita el arnés, el guerrero cristiano se ve compelido a «soportar las penalidades como buen soldado».

¡Qué concepción errónea tiene mucha gente de la vida cristiana! ¡Cuán poco parece saber el miembro promedio de la iglesia acerca del carácter del conflicto y de sus exigencias sobre él! ¡Cuán ignorante parece ser de los enemigos que debe enfrentar, si se compromete a servir a Dios fielmente y así lograr llegar al cielo y recibir la corona de la vida! Apenas parece darse cuenta de que el mundo, la carne y el diablo se opondrán a su marcha ascendente y lo derrotarán por completo, a menos que se entregue a la vigilancia constante y a la oración incesante.

El soldado cristiano no lucha contra carne y sangre, sino contra maldades espirituales en las regiones celestes. O, como dice el margen de la Escritura: «espíritus malvados en las regiones celestes». ¡Qué temible formación de fuerzas se opone a aquel que quisiera abrirse camino a través del desierto de este mundo hasta los portales de la Ciudad Celestial! No es sorpresa, por tanto, encontrar a Pablo, que entendía tan bien el carácter de la vida cristiana, y que estaba tan completamente informado sobre la malignidad y el número de los enemigos que el discípulo del Señor debe enfrentar, instándole cuidadosa y claramente a «vestirse de toda la armadura de Dios» y a «orar con toda oración y súplica en el Espíritu». Sabía, con gran sabiduría, sería la generación presente si todos los profesantes de nuestra fe pudieran ser inducidos a realizar esta verdad de vital

importancia, que es tan absolutamente indispensable para una vida cristiana exitosa.

Es precisamente en este punto de gran parte de la profesión cristiana actual donde uno puede encontrar su mayor defecto. Hay poco o nada del elemento de soldado en ella. La disciplina, la abnegación, el espíritu de dureza, la determinación, tan prominentes en la vida militar y pertenecientes a ella, faltan en gran medida, una por una. Sin embargo, la vida cristiana es guerra, todo el camino.

Cuán exhaustivas, punzantes y sorprendentes son todas las direcciones de Pablo al soldado cristiano, que está decidido a frustrar al diablo y a salvar su alma viva! En primer lugar, debe poseer una idea clara del carácter de la vida en la que ha entrado. Luego, debe saber algo de sus enemigos — los adversarios de su alma inmortal — su fuerza, su habilidad, su malignidad. Por lo tanto, sabiendo algo del carácter del enemigo y reconociendo la necesidad de preparación para vencerlos, está preparado para escuchar la conclusión decisiva del Apóstol:

«Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo hecho todo, estar firmes.»

Todas estas direcciones terminan en un clímax; y ese clímax es la oración. ¿Cómo puede el valiente guerrero de Cristo hacerse aún más valiente? ¿Cómo puede el soldado fuerte hacerse aún más fuerte? ¿Cómo puede el batallador victorioso hacerse aún más victorioso? He aquí las direcciones explícitas de Pablo para ese fin:

«Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.»

La oración, y más oración, añade a las cualidades de lucha y a las victorias más seguras de los buenos combatientes de Dios. El poder de la oración es muy contundente en el campo de batalla, en medio del fragor y la contienda del conflicto. Pablo fue eminentemente un soldado de la Cruz. Para él, la vida no era

un lecho florido de facilidades. No era un soldado de parada o de día festivo, cuyo único negocio era vestir un uniforme en ocasiones señaladas. La suya fue una vida de conflicto intenso, de enfrentar a muchos adversarios, del ejercicio de una vigilancia sin sueño y de un esfuerzo constante. Y, al final — a la vista del fin — le oímos cantar su canto final de victoria: «He peleado la buena batalla», y leyendo entre líneas, vemos que es más que vencedor.

En su Epístola a los Romanos, Pablo indica la naturaleza de su vida de soldado, dándonos algunas perspectivas del tipo de oración necesaria para tal carrera. Escribe:

«Os ruego, pues, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los incrédulos que están en Judea» (Romanos 15:30, 31).

Pablo tenía enemigos en Judea — enemigos que le acosaban y se le oponían en forma de *hombres incrédulos* — y esto, añadido a otras razones de peso, le llevó a instar a los cristianos romanos a que «*se esforzaran con él en oración*». Esa palabra «*esforzar*» indicaba lucha cuerpo a cuerpo, el ejercicio de un gran esfuerzo. Este es el tipo de esfuerzo, y esta la clase de espíritu, que debe poseer al soldado cristiano.

Aquí hay un gran soldado, un capitán general, en la gran lucha, enfrentado a fuerzas malignas que buscan su ruina. Su fuerza está casi agotada. ¿Con qué refuerzos puede contar? ¿Qué puede ayudar y traer éxito a un guerrero en una emergencia tan apremiante? Es un momento crítico en el conflicto. ¿Qué fuerza puede añadirse a la energía de sus propias oraciones? La respuesta es: en las oraciones de otros, incluso las oraciones de sus hermanos que estaban en Roma. Estas, cree él, le traerán ayuda adicional, para que pueda ganar su lucha, vencer a sus adversarios y, finalmente, prevalecer.

El soldado cristiano debe orar en todo tiempo y bajo todas las circunstancias. Su oración debe estar dispuesta de manera que cubra tanto sus tiempos de paz como sus horas de conflicto activo. Debe estar disponible en su marcha y en su lucha. La oración debe impregnar todo esfuerzo, fecundar todas las empresas y

decidir todas las cuestiones. El soldado cristiano debe ser tan intenso en su oración como en su lucha, porque sus victorias dependerán mucho más de su oración que de su lucha. La súplica ferviente debe añadirse a la resolución firme; la oración y la súplica deben suplementar la armadura de Dios. El Espíritu Santo debe ayudar la súplica con Su propia y enérgica intercesión. Y el soldado debe orar en el Espíritu. En esto, como en otras formas de guerra, la vigilancia eterna es el precio de la victoria; y así, la vigilancia y la perseverancia constante deben caracterizar cada actividad del guerrero cristiano.

La oración del soldado debe reflejar su profunda preocupación por el éxito y el bienestar de todo el ejército. La batalla no es del todo un asunto personal; la victoria no puede lograrse para uno mismo solamente. Hay un sentido en el que todo el ejército de Cristo está involucrado. La causa de Dios, Sus santos, sus aflicciones y pruebas, sus deberes y cruces, todo debe encontrar una voz y un intercesor en el soldado cristiano cuando ora. No se atreve a limitar su oración a sí mismo. Nada seca las *secretaciones espirituales* tan cierta y completamente; nada envenena la fuente de la vida espiritual tan eficazmente; nada actúa de manera tan mortal como la oración egoísta.

Obsérvese cuidadosamente que la armadura del cristiano de nada le valdrá, a menos que se le añada la oración. Este es el eje, el eslabón de conexión de la armadura de Dios. Esto la mantiene unida y la hace efectiva. El verdadero soldado de Dios planifica sus campañas, dispone sus fuerzas de batalla y conduce sus conflictos con oración. Es de suma importancia y absolutamente esencial para la victoria que la oración impregne tanto la vida que cada respiro sea una petición y cada suspiro una súplica. El soldado cristiano debe estar siempre luchando. Debería, por pura necesidad, estar siempre orando.

El soldado cristiano está obligado a un constante servicio de centinela. Debe estar siempre en guardia. Se enfrenta a un enemigo que nunca duerme, que está siempre alerta y siempre preparado para aprovecharse de las vicisitudes de la guerra. La vigilancia es un principio cardinal para el guerrero de Cristo: «*Velad y orad*», resuena para siempre en sus oídos. No puede atreverse a dormirse en su puesto. Tal descuido no solo le trae el desagrado del Capitán de su salvación, sino

que le expone a un peligro adicional. La vigilancia, por tanto, constituye imperativamente el deber del soldado del Señor.

En el Nuevo Testamento hay tres palabras diferentes que se traducen como «*velar*». La primera significa «*ausencia de sueño*» e implica un estado de ánimo despierto, en oposición a la apatía; es una exhortación a permanecer despierto, circunspecto, atento, constante, vigilante. La segunda palabra significa «*completamente despierto*» — un estado inducido por algún esfuerzo que despierta, que excita la facultad a la atención y al interés, activo, cauto, no sea que por descuido o indolencia, alguna calamidad destructiva sobrevenga repentinamente. La tercera palabra significa «*estar calmado y sereno de espíritu*», desapasionado, no tocado por influencias soñolientas u ofuscadoras, una cautela contra todos los escollos y engaños.

Las tres definiciones son usadas por San Pablo. Dos de ellas se emplean en relación con la oración. La vigilancia intensificada es un requisito para la oración. La vigilancia debe guardar y cubrir a todo el hombre espiritual y prepararlo para la oración. Todo lo que se parezca a la falta de preparación o a la no vigilancia es muerte para la oración.

En Efesios, Pablo da prominencia al deber de la vigilancia constante: «*Velando en ello con toda perseverancia y súplica*» (Efesios 6:18). Velad, dice él, velad, ¡VELAD! «*Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*» (Marcos 13:37).

La vigilia sin sueño es el precio que uno debe pagar por la victoria sobre sus enemigos espirituales. Tened por seguro que el diablo nunca se duerme. Siempre está «*andando alrededor, buscando a quién devorar*» (1 Pedro 5:8). Así como un pastor nunca debe ser descuidado y desatento no sea que el lobo devore a sus ovejas, así el soldado cristiano debe tener siempre los ojos bien abiertos, lo que implica su posesión de un espíritu que ni se adormece ni se vuelve descuidado. Los compañeros inseparables y las salvaguardas de la oración son la vigilancia, la atención y una guardia montada. Al escribir a los Colosenses, Pablo une estas

cualidades inseparables: *«Perseverad en la oración»*, ordena, *«velando en ella con acción de gracias»* (Colosenses 4:2).

¿Cuándo aprenderán los cristianos más a fondo la doble lección de que están llamados a una gran guerra y de que, para obtener la victoria, deben entregarse a la vigilancia sin sueño y a la oración sin cesar?

«Sed sobrios, y velad», dice Pedro, *«porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar»* (1 Pedro 5:8).

La Iglesia de Dios es una hueste militante. Su guerra es contra las fuerzas invisibles del mal. El pueblo de Dios compone un ejército que lucha por establecer Su reino en la tierra. Su objetivo es destruir la soberanía de Satanás y, sobre sus ruinas, erigir el Reino de Dios, que es *«justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo»* (Romanos 14:17). Este ejército militante está compuesto por soldados individuales de la Cruz, y la armadura de Dios es necesaria para su defensa. La oración debe añadirse como aquello que corona todo.

«Permaneced, pues, en Su gran poder,

Con toda Su fuerza investidos;

Pero tomad, para armaros para la lucha,

La panoplia de Dios.»

La oración es un deber demasiado simple y demasiado evidente como para necesitar definición. La necesidad da ser y forma a la oración. Su importancia es tan absoluta que la vida del soldado cristiano, en toda su amplitud e intensidad, debería ser una vida de oración. Toda la vida del soldado cristiano — su ser, intención, implicación y acción — depende de que sea una vida de oración. Sin oración — sin importar qué más tenga — la vida del soldado cristiano será débil e ineficaz, y le constituirá en presa fácil para sus enemigos espirituales.

La experiencia cristiana será insípida, y la influencia cristiana será seca y árida, a menos que la oración tenga un lugar elevado en la vida. Sin oración, las gracias cristianas se marchitarán y morirán. Sin oración, podemos añadir, la predicación es sin filo y una cosa vana, y el Evangelio pierde sus alas y su fuerza.

Cristo es el legislador de la oración, y Pablo es Su apóstol de la oración. Ambos declaran su primacía e importancia y demuestran el hecho de su indispensabilidad. Sus directrices sobre la oración cubren todos los lugares, incluyen todos los tiempos y comprenden todas las cosas. ¿Cómo, entonces, puede el soldado cristiano esperar o soñar con la victoria, a menos que esté fortificado por su poder? ¿Cómo puede fracasar si, además de ponerse la armadura de Dios, está, en todo tiempo y sazón, «*velando en oración*»?

XII. ORACIÓN Y LA PALABRA DE DIOS

«¡Con cuánta constancia encontramos en las Escrituras palabras como “campo”, “semilla”, “sembrador”, “segador”, “tiempo de siembra”, “cosecha”! Al emplear tales metáforas se interpreta un hecho de la naturaleza mediante una parábola de la gracia. El campo es el mundo y la buena semilla es la Palabra de Dios. Ya sea que la Palabra se hable o se escriba, es el poder de Dios para salvación. En nuestra obra de evangelización, el mundo entero es nuestro campo, toda criatura es el objeto del esfuerzo y todo libro y tratado, una semilla de Dios.» — DAVID FANT, JR.

LA PALABRA de Dios es un registro de la oración: de hombres que oraban y sus logros, del mandato divino de la oración y del ánimo dado a aquellos que oran. Nadie puede leer los ejemplos, mandamientos, casos y declaraciones multiformes que conciernen a la oración, sin darse cuenta de que la causa de Dios, y el éxito de Su obra en este mundo, están encomendados a la oración; que los hombres de oración han sido los vicegerentes de Dios en la tierra; que los hombres sin oración nunca han sido usados por Él.

La reverencia por el santo Nombre de Dios está estrechamente relacionada con una alta estima por Su Palabra. Esta santificación del Nombre de Dios; la capacidad de hacer Su voluntad en la tierra, como se hace en el cielo; el establecimiento y la gloria del reino de Dios, están tan involucrados en la oración hoy como cuando Jesús enseñó a los hombres la Oración Universal. Que «los hombres deben siempre orar y no desfallecer» es tan fundamental para la causa de Dios hoy, como lo fue cuando Jesucristo consagró esa gran verdad en los escenarios inmortales de la Parábola de la Viuda Insistente.

Así como la casa de Dios es llamada «casa de oración», porque la oración es el más importante de sus santos oficios; así mismo, la Biblia puede ser llamada el Libro de la Oración. La oración es el gran tema y contenido de su mensaje a la humanidad.

La Palabra de Dios es la base, así como es el directorio de la oración de fe. «Que la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros con toda sabiduría», dice San Pablo, «enseñándoos y amonestándoos unos a otros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor».

A medida que esta palabra de Cristo que mora en nosotros en abundancia es transformada y asimilada, se convierte en oración. La fe se construye de la Palabra y del Espíritu, y la fe es el cuerpo y la sustancia de la oración.

En muchos de sus aspectos, la oración depende de la Palabra de Dios. Jesús dice:

«Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho.»

La Palabra de Dios es el punto de apoyo sobre el cual se coloca la palanca de la oración, y mediante la cual las cosas son poderosamente movidas. Dios se ha comprometido Él mismo, Su propósito y Su promesa a la oración. Su Palabra se convierte en la base, la inspiración de nuestro orar, y hay circunstancias bajo las cuales, mediante la oración insistente, podemos obtener una adición o una ampliación de Sus promesas. Se dice de los santos del pasado que «por la fe obtuvieron promesas». Parecería haber en la oración la capacidad de ir incluso más allá de la Palabra, de llegar incluso más allá de Su promesa, a la mismísima presencia de Dios.

Jacob luchó, no tanto con una promesa, sino con el Prometedor. Debemos asirnos del Prometedor, no sea que la promesa resulte vana. La oración bien puede definirse como aquella fuerza que vitaliza y energiza la Palabra de Dios, asiéndose de Dios mismo. Al asirse del Prometedor, la oración reemite y hace personal la promesa. «No hay quien se despierte para asirse de Mí», es el triste lamento de Dios. «Asírese de Mi fortaleza, para que haga paz conmigo», es la receta de Dios para la oración.

Por mandato de las Escrituras, la oración puede dividirse en la petición de fe y la de sumisión. La oración de fe se basa en la Palabra escrita, porque «la fe es por

el oír, y el oír por la Palabra de Dios». Recibe su respuesta, inevitablemente: la mismísima cosa por la cual ora.

La oración de sumisión carece de una palabra definida de promesa, por así decirlo, pero se ase de Dios con un espíritu humilde y contrito, y le pide y le suplica aquello que el alma desea. Abraham no tenía una promesa definida de que Dios perdonaría a Sodoma. Moisés no tenía una promesa definida de que Dios perdonaría a Israel; por el contrario, estaba la declaración de Su ira y de Su propósito de destruir. Pero el líder consagrado prevaleció ante Dios cuando intercedió por los israelitas con oraciones incesantes y muchas lágrimas. Daniel no tenía una promesa definida de que Dios le revelaría el significado del sueño del rey, pero oró específicamente, y Dios respondió definitivamente.

La Palabra de Dios se vuelve eficaz y operativa mediante el proceso y la práctica de la oración. La palabra del Señor vino a Elías: «Ve, muéstrate a Acab, y enviaré lluvia sobre la tierra». Elías se mostró a Acab; pero la respuesta a su oración no llegó hasta que hubo presentado su ardiente oración ante el Señor siete veces.

Pablo tenía la promesa definida de Cristo de que «sería librado del pueblo y de los gentiles», pero lo encontramos exhortando a los romanos de manera urgente y solemne concerniente a este mismo asunto:

«Os ruego pues, hermanos, por el Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios; para que sea librado de los incrédulos en Judea, y que la ofrenda que llevo a Jerusalén sea acepta a los santos.»

La Palabra de Dios es una gran ayuda en la oración. Si está alojada y escrita en nuestros corazones, formará una corriente de oración que fluye hacia afuera, plena e irresistible. Las promesas, guardadas en el corazón, han de ser el combustible del cual la oración recibe vida y calor, así como el carbón, almacenado en la tierra, ministra a nuestro consuelo en días de tormenta y noches invernales. La Palabra de Dios es el alimento por el cual la oración es nutrida y fortalecida. La oración, como el hombre, no puede vivir solo de pan, «sino de toda palabra que sale de la boca del Señor».

A menos que las fuerzas vitales de la oración sean suministradas por la Palabra de Dios, la oración, aunque sea ferviente, incluso vociferante en su urgencia, es, en realidad, débil, insípida y vacía. La ausencia de fuerza vital en el orar puede atribuirse a la ausencia de un suministro constante de la Palabra de Dios para reparar el desgaste y renovar la vida. Aquel que quiera aprender a orar bien, debe primero estudiar la Palabra de Dios y guardarla en su memoria y pensamiento.

Cuando consultamos la Palabra de Dios, encontramos que ningún deber es más vinculante ni más exigente que el de la oración. Por otro lado, descubrimos que ningún privilegio es más exaltado, ni hábito más ricamente reconocido por Dios. Ninguna promesa es más radiante, más abundante, más explícita, más a menudo reiterada, que las que están unidas a la oración. «Todas las cosas, cualesquiera» se reciben por la oración, porque «todas las cosas cualesquiera» son prometidas. No hay límite a las provisiones incluidas en las promesas para la oración, ni exclusión de sus promesas. «Todo aquel que pide, recibe.» La palabra de nuestro Señor tiene este efecto que lo abarca todo: «Si pedís algo en Mi Nombre, Yo lo haré.»

Aquí hay algunas de las declaraciones exhaustivas e integrales de la Palabra de Dios acerca de la oración, las cosas que han de recibirse por la oración, y la fuerte promesa hecha en respuesta a la oración:

«Orad sin cesar»; «perseverad en la oración»; «perseverando en la oración»; «en todo, por oración, sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios»; «orad siempre, orad y no desfallezcáis»; «los hombres deben orar en todo lugar»; «orando en todo tiempo, con toda oración y súplica».

¡Cuán claras y fuertes son aquellas declaraciones puestas en el registro divino para proveernos una base segura de fe, y para urgir, constreñir y animarnos a orar! ¡Cuán amplio es el alcance de la oración, tal como se nos da en la Revelación Divina! ¡Cuán estas Escrituras nos incitan a buscar al Dios de la oración, con todas nuestras necesidades, con todas nuestras cargas!

Además de estas declaraciones dejadas en el registro para nuestro ánimo, las páginas sagradas están repletas de hechos, ejemplos, incidentes y observaciones que enfatizan la importancia y la necesidad absoluta de la oración, y ponen énfasis en su poder que todo lo prevalece.

El máximo alcance y el pleno beneficio de las ricas promesas de la Palabra de Dios deben ser humildemente recibidos por nosotros y puestos a prueba. El mundo nunca recibirá los plenos beneficios del Evangelio hasta que esto se haga. Ni la experiencia cristiana ni la vida cristiana serán lo que deberían ser hasta que estas promesas divinas hayan sido plenamente probadas por aquellos que oran. Mediante la oración, traemos estas promesas de la santa voluntad de Dios al ámbito de lo real y lo verdadero. La oración es la piedra filosofal que las transmuta en oro.

Si se pregunta qué se debe hacer para hacer reales las promesas de Dios, la respuesta es que debemos orar, hasta que las palabras de la promesa sean revestidas con el rico atuendo del cumplimiento.

Las promesas de Dios son demasiado grandes en su totalidad para ser dominadas por una oración esporádica. Cuando nos examinamos, con demasiada frecuencia descubrimos que nuestra oración no está a la altura de las demandas de la situación; es tan limitada que es poco más que un mero oasis en medio del yermo y del desierto del pecado del mundo. ¿Quién de nosotros, en nuestra oración, está a la altura de esta promesa de nuestro Señor?

«De cierto, de cierto os digo: El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él también las hará; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre» (Juan 14:12).

¡Cuán completa, cuán trascendente, cuán abarcadora es! ¡Cuánto hay aquí para la gloria de Dios, cuánto para el bien del hombre! ¡Cuánto para la manifestación del poder entronizado de Cristo, cuánto para la recompensa de una fe abundante! ¡Y cuán grandes y llenos de gracia son los resultados que pueden derivarse del ejercicio de una oración creyente y proporcionada!

Miremos, por un momento, otra de las grandes promesas de Dios, y descubramos cómo podemos ser sostenidos por la Palabra mientras oramos, y

sobre qué firme fundamento podemos estar para presentar nuestras peticiones a nuestro Dios:

«Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7).

En estas palabras exhaustivas, Dios se entrega a la voluntad de Su pueblo. Cuando Cristo se convierte en nuestro todo en todos, la oración deposita los tesoros de Dios a nuestros pies. El cristianismo primitivo tenía una solución fácil y práctica de la situación, y obtenía todo lo que Dios tenía para dar. Esa solución simple y concisa está registrada en la Primera Epístola de Juan:

«Y cualquiera cosa que pidiéremos, la recibiremos de Él, porque guardamos Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él» (1 Juan 3:22).

La oración, unida a la obediencia amorosa, es el camino para poner a Dios a prueba, y para hacer que la oración responda a todos los fines y a todas las cosas. La oración, unida a la Palabra de Dios, santifica y hace sagrados todos los dones de Dios. La oración no es simplemente para obtener cosas de Dios, sino para hacer santas aquellas cosas que ya han sido recibidas de Él. No es meramente para recibir una bendición, sino también para poder dar una bendición. La oración hace santas las cosas comunes y sagradas las cosas seculares. Recibe las cosas de Dios con acción de gracias y las santifica con corazones agradecidos y servicio devoto.

En la Primera Epístola a Timoteo, Pablo nos da estas palabras:

«Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque es santificado por la palabra de Dios y por la oración» (1 Timoteo 4:4, 5).

Esa es una declaración que da un no rotundo al mero ascetismo. Los buenos dones de Dios han de ser santos, no solo por el poder creador de Dios, sino también porque son hechos santos para nosotros por la oración. Los recibimos, los apropiamos y los santificamos por medio de la oración.

Hacer la voluntad de Dios y tener Su Palabra permaneciendo en nosotros es un imperativo para una oración eficaz. Pero se podrá preguntar: ¿cómo hemos de saber cuál es la voluntad de Dios? La respuesta es: estudiando Su Palabra, guardándola en nuestros corazones y dejando que la Palabra more en nosotros ricamente. «La exposición de Tus palabras alumbrará» (Salmo 119:130).

Para conocer la voluntad de Dios en la oración, debemos ser llenos del Espíritu de Dios, quien intercede por los santos, y en los santos, conforme a la voluntad de Dios. Estar llenos del Espíritu de Dios, estar llenos de la Palabra de Dios, es conocer la voluntad de Dios. Es ser puestos en tal disposición de mente, es hallarse en tal estado de corazón, que nos capacite para leer e interpretar rectamente los propósitos del Infinito. Tal llenura del corazón, con la Palabra y el Espíritu, nos da una visión de la voluntad del Padre, nos capacita para discernir rectamente Su voluntad, y pone dentro de nosotros una disposición de mente y corazón para hacer de ella la guía y la brújula de nuestras vidas.

Epafras oró para que los colosenses pudieran estar «firmes, perfectos y completos en toda la voluntad de Dios» (Colosenses 4:12). Esto es prueba positiva de que no solo podemos conocer la voluntad de Dios, sino que podemos conocer toda la voluntad de Dios. Y no solo podemos conocer toda la voluntad de Dios, sino que podemos hacer toda la voluntad de Dios. Podemos, además, hacer toda la voluntad de Dios, no ocasionalmente o por un mero impulso, sino con un hábito de conducta asentado. Aún más, esto nos muestra que no solo podemos hacer la voluntad de Dios externamente, sino de corazón, haciéndola con alegría, sin reticencia, ni desgana secreta, ni ningún retroceso o retención ante la presencia íntima del Señor.

XIII. ORACIÓN Y LA PALABRA DE DIOS

(Continuación)

«Hace algunos años, un hombre viajaba por los bosques de Kentucky. Llevaba consigo una gran suma de dinero y estaba bien armado. Se hospedó una noche en una casa de troncos, pero le preocupaba mucho la apariencia tosca de los hombres que entraban y salían de aquella morada. Se retiró temprano, pero no para dormir. A medianoche oyó a los perros ladrar furiosamente y el sonido de alguien que entraba en la cabaña. Mirando a través de una rendija en las tablas de su habitación, vio a un desconocido con una escopeta en la mano. Otro hombre estaba sentado frente al fuego. El viajero concluyó que planeaban robarlo, y se preparó para defenderse a sí mismo y a sus pertenencias. Poco después, el recién llegado tomó una copia de la Biblia, leyó un capítulo en voz alta, y luego se arrodilló y oró. El viajero disipó sus temores, guardó su revólver y se acostó, para dormir pacíficamente hasta la luz de la mañana. Y todo porque una Biblia estaba en la cabaña, y su dueño era un hombre de oración.» — REV. F. F. SHOUP.

LA ORACIÓN tiene todo que ver con el éxito de la predicación de la Palabra. Esto, Pablo lo enseña claramente en aquella conocida y apremiante petición que hizo a los Tesalonicenses:

«Hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada.»

La oración abre el camino para que la Palabra de Dios corra sin impedimento ni obstáculo, y crea la atmósfera favorable para que la Palabra cumpla su propósito. La oración pone ruedas debajo de la Palabra de Dios, y da alas al ángel del Señor «que tiene el evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo». La oración ayuda grandemente a la Palabra del Señor.

La Parábola del Sembrador es un estudio notable de la predicación, que muestra sus diferentes efectos y describe la diversidad de oyentes. Los oyentes

junto al camino son legión. El suelo yace sin preparar, ya sea por pensamiento previo u oración; como consecuencia, el diablo fácilmente quita la semilla (que es la Palabra de Dios) y disipando toda buena impresión, hace que la obra del sembrador sea vana. Nadie cree por un momento que tanta siembra de hoy en día quedaría sin fruto si tan solo los oyentes prepararan el terreno de sus corazones de antemano mediante la oración y la meditación.

Similarmente con los oyentes de terreno pedregoso, y los oyentes de terreno espinoso. Aunque la palabra se aloja en sus corazones y comienza a brotar, todo se pierde, principalmente porque no hay oración, ni vigilancia, ni cultivo que le siga. Los oyentes de buen terreno se benefician de la siembra, simplemente porque sus mentes han sido preparadas para la recepción de la semilla, y porque, después de oír, han cultivado la semilla sembrada en sus corazones, mediante el ejercicio de la oración. Todo esto da un énfasis peculiar a la conclusión de esta sorprendente parábola: «Mirad, pues, cómo oís». Y para que podamos mirar cómo oímos, es necesario entregarnos continuamente a la oración.

Tenemos que creer que debajo de la Palabra de Dios está la oración, y sobre la oración, dependerá su éxito final. En el Libro de Isaías leemos:

«Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.»

En el Salmo 19, David engrandece la Palabra de Dios en seis declaraciones concernientes a ella. Convierte el alma, hace sabio al simple, alegra el corazón, alumbra los ojos, permanece eternamente, y es verdadera y justa en su totalidad. La Palabra de Dios es perfecta, segura, recta, pura. Escudriña el corazón y, al mismo tiempo, purifica en su efecto. No es sorpresa, por lo tanto, que después de considerar la profunda espiritualidad de la Palabra de Dios, su poder para escudriñar la naturaleza interna del hombre, y su profunda pureza, el Salmista cierre su disertación con este pasaje:

«¿Quién podrá entender sus errores?» Y luego orando de esta manera: «Límpiname Tú de faltas secretas. Detén también a Tu siervo de pecados de

soberbia. No se enseñoreen ellos de mí. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de Ti, Oh Señor, roca mía y redentor mío.»

Santiago reconoce la profunda espiritualidad de la Palabra, y su poder salvador inherente, en la siguiente exhortación:

«Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.»

Y Pedro habla en la misma línea, al describir el poder salvador de la Palabra de Dios:

«Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.»

Pedro no solo habla de nacer de nuevo, por la Palabra incorruptible de Dios, sino que nos informa que para crecer en la gracia debemos ser como niños recién nacidos, deseando o alimentándonos de la «leche espiritual no adulterada de la Palabra».

Eso no quiere decir, sin embargo, que la mera forma de las palabras tal como aparecen en la Biblia tengan en sí mismas alguna eficacia salvadora. Pero la Palabra de Dios, recuérdese, está impregnada del Espíritu Santo. Y así como hay un elemento Divino en las palabras de la Escritura, así también se encuentra el mismo elemento Divino en toda predicación verdadera de la Palabra, que es capaz de salvar y convertir el alma.

La oración invariablemente engendra amor por la Palabra de Dios, y lleva a las personas a la lectura de ella. La oración lleva a las personas a obedecer la Palabra de Dios, y pone en el corazón que obedece un gozo inefable. Las personas que oran y las personas que leen la Biblia son la misma clase de gente. El Dios de la Biblia y el Dios de la oración son uno. Dios habla al hombre en la Biblia; el hombre habla a Dios en la oración. Uno lee la Biblia para descubrir la voluntad de Dios; ora para poder recibir poder para hacer esa voluntad. La lectura de la Biblia y la oración son los rasgos distintivos de aquellos que se esfuerzan por conocer y agradar a Dios. Y así como la oración engendra amor por las Escrituras, y lleva a

las personas a leer la Biblia, así también, la oración hace que hombres y mujeres visiten la casa de Dios, para oír las Escrituras expuestas. La asistencia a la iglesia está estrechamente conectada con la Biblia, no tanto porque la Biblia nos advierte contra «dejar de congregarnos, como algunos tienen por costumbre», sino porque en la casa de Dios, el ministro escogido de Dios declara Su Palabra a los hombres que mueren, explica las Escrituras, y aplica sus enseñanzas a sus oyentes. Y la oración germina una resolución, en aquellos que la practican, de no abandonar la casa de Dios.

La oración engendra una conciencia que ama la iglesia, un corazón que ama la iglesia, un espíritu que apoya la iglesia. Son las personas que oran quienes hacen de la asistencia a la predicación de la Palabra un asunto de conciencia; quienes se deleitan en su lectura y exposición; quienes la apoyan con su influencia y sus medios. La oración exalta la Palabra de Dios y le da preeminencia en la estimación de aquellos que fiel y sinceramente invocan el Nombre del Señor.

La oración extrae su misma vida de la Biblia, y no tiene fundamento fuera de la autoridad de las Escrituras. Su misma existencia y carácter dependen de la revelación que Dios ha hecho al hombre en Su santa Palabra. La oración, a su vez, exalta esta misma revelación, y vuelve a los hombres hacia esa Palabra. La naturaleza, la necesidad y el carácter omniabarcante de la oración, se basan en la Palabra de Dios.

El Salmo 119 es un directorio de la Palabra de Dios. Con tres o cuatro excepciones, cada versículo contiene una palabra que identifica, o ubica, la Palabra de Dios. Muy a menudo, el escritor prorrumpe en súplicas, orando varias veces: «Enséñame Tus estatutos». Tan profundamente impresionado está con las maravillas de la Palabra de Dios, y de la necesidad de iluminación Divina para ver y entender las cosas maravillosas registradas en ella, que ora fervientemente:

«Abre mis ojos, para que vea las maravillas de Tu ley.»

Desde el comienzo de este maravilloso Salmo hasta su cierre, la oración y la Palabra de Dios están entrelazadas. Casi cada fase de la Palabra de Dios es tocada

por este escritor inspirado. Tan completamente convencido estaba el Salmista del profundo poder espiritual de la Palabra de Dios que hace esta declaración:

«En mi corazón he guardado Tus dichos, para no pecar contra Ti.»

Aquí el Salmista encontró su protección contra el pecado. Al tener la Palabra de Dios escondida en su corazón; al tener todo su ser completamente impregnado de esa Palabra; al estar completamente bajo su benigna y graciosa influencia, fue capacitado para andar de un lado a otro en la tierra, a salvo del ataque del Maligno, y fortificado contra la propensión a desviarse del camino.

Encontramos, además, el poder de la oración para crear un amor genuino por las Escrituras, y para poner dentro de los hombres una naturaleza que se complacerá en la Palabra. En santo éxtasis clama: «¡Oh, cuánto amo yo Tu ley! Todo el día es ella mi meditación». Y otra vez: «¡Cuán dulces son Tus palabras a mi paladar! Sí, más dulces que la miel a mi boca».

¿Quisiéramos tener un gusto por la Palabra de Dios? Entonces entreguémonos continuamente a la oración. El que quisiera tener un corazón para la lectura de la Biblia no debe — no se atreva — a olvidar orar. El hombre de quien se puede decir: «Su deleite está en la ley del Señor», es el hombre que puede verdaderamente decir: «Me deleito en visitar el lugar de la oración». Ningún hombre ama la Biblia, si no ama orar. Ningún hombre ama orar, si no se deleita en la ley del Señor.

Nuestro Señor fue un hombre de oración, y Él engrandeció la Palabra de Dios, citando a menudo las Escrituras. A través de toda Su vida terrenal, Jesús observó la guarda del día de reposo, la asistencia a la sinagoga y la lectura de la Palabra de Dios, y tuvo la oración entremezclada con todas ellas:

«Y vino a Nazaret, donde se había criado; y conforme a Su costumbre, entró en la sinagoga el día de reposo, y se levantó a leer.»

Aquí, sea dicho, que no hay dos cosas más esenciales para una vida llena del Espíritu que la lectura de la Biblia y la oración secreta; no hay dos cosas más útiles para el crecimiento en la gracia; para obtener el mayor gozo de la vida

cristiana; hacia el establecimiento de uno en los caminos de la paz eterna. La negligencia de estos importantísimos deberes presagia pobreza del alma, pérdida del gozo, ausencia de paz, sequedad del espíritu, decadencia en todo lo que pertenece a la vida espiritual. La negligencia de estas cosas pavimenta el camino para la apostasía, y le da al Maligno una ventaja tal que es poco probable que la ignore. Leer la Palabra de Dios regularmente, y orar habitualmente en el lugar secreto del Altísimo, pone a uno donde está absolutamente a salvo de los ataques del enemigo de las almas, y le garantiza la salvación y la victoria final, mediante el poder vencedor del Cordero.

XIV. ORACIÓN Y LA CASA DE DIOS

« Y me es muy querido ese sonoro «Amén», que resuena por toda la morada bendita, que se intensifica, se apaga y vuelve a intensificarse, y aunque se desvanece en las paredes, isigue vivo ante Dios!»

La oración está relacionada con lugares, tiempos, ocasiones y circunstancias. Tiene que ver con Dios y con todo lo que se relaciona con Dios, y tiene una relación íntima y especial con Su casa. Una iglesia es un lugar sagrado, apartado de todos los usos profanos y seculares, para la adoración de Dios. Como la adoración es oración, la casa de Dios es un lugar apartado para la adoración. No es un lugar común; es donde Dios habita, donde se encuentra con Su pueblo, y Él se deleita en la adoración de Sus santos.

La oración siempre está en su lugar en la casa de Dios. Cuando la oración es una extraña allí, entonces deja de ser la casa de Dios por completo. Nuestro Señor puso un énfasis peculiar en lo que la Iglesia era cuando expulsó a los compradores y vendedores del Templo, repitiendo las palabras de Isaías: «Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración» (Isaías 56:7). Él hace que la oración sea preeminente, que se destaque por encima de todo lo demás en la casa de Dios. Aquellos que desvían la oración, buscan minimizarla o le dan un lugar secundario, pervienten la Iglesia de Dios y la convierten en algo menor y diferente de lo que está ordenada a ser.

La oración está perfectamente en su hogar en la casa de Dios. No es una extraña, ni una mera invitada; pertenece allí. Tiene una afinidad peculiar por el lugar y tiene, además, un derecho divino allí, estando establecida en él por nombramiento y aprobación divinos.

El aposento interior es un lugar sagrado para la adoración personal. La casa de Dios es un lugar santo para la adoración unida. El closet de oración es para la oración individual. La casa de Dios es para la oración mutua, la oración concertada, la oración unida. Sin embargo, incluso en la casa de Dios, está el elemento de la adoración privada, ya que el pueblo de Dios debe adorarlo y

orarle, personalmente, incluso en la adoración pública. La Iglesia es para la oración unida de creyentes afines, aunque individuales.

La vida, el poder y la gloria de la Iglesia es la oración. La vida de sus miembros depende de la oración, y la presencia de Dios se asegura y retiene mediante la oración. El lugar mismo se vuelve sagrado por su ministerio. Sin ella, la Iglesia está sin vida y sin poder. Sin ella, incluso el edificio mismo no es nada, más o diferente, que cualquier otra estructura. La oración convierte incluso los ladrillos, el mortero y la madera en un santuario, un lugar santísimo, donde mora el Shekinah. Lo separa, en espíritu y propósito, de todos los demás edificios. La oración da una peculiar sacralidad al edificio, lo santifica, lo aparta para Dios, lo conserva de todos los asuntos comunes y mundanos.

Con oración, aunque se suponga que a la casa de Dios le falte todo lo demás, se convierte en un santuario divino. Así, el Tabernáculo, moviéndose de un lugar a otro, se convirtió en el lugar santísimo, porque la oración estaba allí. Sin oración, el edificio puede ser costoso, perfecto en todas sus provisiones, hermoso por su situación y atractivo a la vista, pero desciende a lo humano, sin nada divino en él, y está al nivel de todos los demás edificios.

Sin oración, una iglesia es como un cuerpo sin espíritu; es una cosa muerta e inanimada. Una iglesia con oración en ella, tiene a Dios en ella. Cuando la oración se deja de lado, Dios es proscrito. Cuando la oración se convierte en un ejercicio desconocido, entonces Dios mismo es un extraño allí.

Como la casa de Dios es una casa de oración, la intención divina es que las personas dejen sus hogares y vayan a encontrarse con Él en Su propia casa. El edificio está apartado especialmente para la oración, y como Dios ha hecho una promesa especial de encontrarse con Su pueblo allí, es su deber ir allí, y con ese fin específico. La oración debería ser la principal atracción para todos los asistentes a la iglesia espiritualmente orientados. Aunque se concede que la predicación de la Palabra tiene un lugar importante en la casa de Dios, sin embargo, la oración es su característica predominante y distintiva. No es que todos los demás lugares sean pecaminosos o malvados, en sí mismos o en sus

usos. Pero son seculares y humanos, sin tener una concepción especial de Dios en ellos. La Iglesia es, esencialmente, religiosa y divina. El trabajo que pertenece a otros lugares se hace sin referencia especial a Dios. Él no es específicamente reconocido ni invocado. En la Iglesia, sin embargo, Dios es reconocido, y nada se hace sin Él. La oración es la única marca distintiva de la casa de Dios. Así como la oración distingue al pueblo cristiano del no cristiano, así la oración distingue la casa de Dios de todas las demás casas. Es un lugar donde los creyentes fieles se encuentran con su Señor.

Como la casa de Dios es, preeminentemente, una casa de oración, la oración debe entrar y subyacer en todo lo que se emprende allí. La oración pertenece a toda clase de trabajo concerniente a la Iglesia de Dios. Como la casa de Dios es una casa donde se lleva a cabo el negocio de orar, así es un lugar donde se realiza el negocio de convertir a personas sin oración en personas de oración. La casa de Dios es un taller divino, y allí continúa la obra de la oración. O la casa de Dios es una escuela divina, en la que se enseña la lección de la oración; donde hombres y mujeres aprenden a orar, y donde se gradúan, en la escuela de la oración.

Cualquier iglesia que se llame a sí misma casa de Dios, y que falle en magnificar la oración; que no ponga la oración en la vanguardia de sus actividades; que no enseñe la gran lección de la oración, debería cambiar su enseñanza para ajustarse al patrón divino o cambiar el nombre de su edificio a algo diferente de una casa de oración.

En una página anterior, hicimos referencia al hallazgo del Libro de la Ley del Señor dado a Moisés. Cuánto tiempo había estado ese libro allí, no lo sabemos. Pero cuando las noticias de su descubrimiento fueron llevadas a Josías, este rasgó sus vestiduras y se sintió muy perturbado. Lamentó la negligencia de la Palabra de Dios y vio, como resultado natural, la iniquidad que abundaba por toda la tierra.

Y entonces, Josías pensó en Dios y ordenó a Hilcías, el sacerdote, que fuera a consultar al Señor. Tal negligencia de la Palabra de la Ley era un asunto

demasiado serio para tratarse a la ligera, y Dios debía ser consultado, y el arrepentimiento mostrado, por él mismo y por la nación:

«Ve y consulta al Señor por mí, y por los que quedan en Israel y en Judá, acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque grande es la ira del Señor que se ha derramado sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no han guardado la palabra del Señor, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro» (2 Crónicas 34:21).

Pero eso no fue todo. Josías estaba decidido a promover un avivamiento de la religión en su reino, así que lo encontramos reuniendo a todos los ancianos de Jerusalén y de Judá, con ese propósito. Cuando se hubieron reunido, el rey subió a la casa del Señor, y él mismo leyó todas las palabras del Libro del Pacto que se había hallado en la casa del Señor.

Con este rey justo, la Palabra de Dios era de gran importancia. La estimaba en su justo valor y consideraba el conocimiento de ella de tan grave importancia que demandaba consultar a Dios en oración al respecto, y justificaba la reunión de los notables de su reino, para que ellos, junto con él mismo, fueran instruidos del Libro de Dios concerniente a la Ley de Dios.

Cuando Esdras, de regreso de Babilonia, buscaba la reconstrucción de su nación, el pueblo mismo estaba consciente de la situación, y, en una ocasión, los sacerdotes, los levitas y el pueblo se reunieron como un solo hombre frente a la puerta del Agua.

«Y hablaron a Esdras el escriba, para que trajera el libro de la ley de Moisés, la cual el Señor había mandado a Israel. Y el sacerdote Esdras trajo la ley delante de la congregación, tanto de hombres como de mujeres, y de todos los que podían oír con entendimiento. Y leyó en él delante de la calle que estaba frente a la puerta del Agua, desde el amanecer hasta el mediodía; y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley» (Nehemías 8:1-3).

Este fue el Día de la Lectura Bíblica en Judá — un verdadero avivamiento del estudio de las Escrituras. Los líderes leyeron la ley delante del pueblo, cuyos oídos estaban atentos para oír lo que Dios tenía que decirles del Libro de la Ley.

Pero no fue solo un día de lectura bíblica. Fue un tiempo en el que se hizo verdadera predicación, como indica el siguiente pasaje:

«Y leyeron en el libro de la ley de Dios claramente, y dieron el sentido, y les hicieron entender la lectura» (Nehemías 8:8).

He aquí, entonces, la definición escritural de la predicación. No se puede dar mejor definición. Leer la Palabra de Dios distintamente — leerla de modo que el pueblo pudiera oír y entender las palabras leídas; no murmurar las palabras, ni leerlas en voz baja o con indistinción, sino audaz y claramente — ese fue el método seguido en Jerusalén, en este día auspicioso. Además: el sentido de las palabras se aclaró en la reunión celebrada frente a la puerta del Agua; el pueblo fue tratado con un alto tipo de predicación expositiva. Esa fue verdadera predicación — una predicación del tipo que se necesita urgentemente hoy, para que la Palabra de Dios tenga el debido efecto en los corazones del pueblo. Esta reunión en Jerusalén ciertamente contiene una lección que todos los predicadores actuales deberían aprender y atender.

Nadie que tenga conocimiento de los hechos existentes negará la falta comparativa de predicación expositiva en el esfuerzo del púlpito de hoy. Y ninguno, debemos al menos imaginar, hará otra cosa que lamentar la falta. La predicación temática, la predicación polémica, la predicación histórica y otras formas de producción homilética tienen, uno supone, sus usos legítimos y oportunos. Pero la predicación expositiva — la exposición orante de la Palabra de Dios — es predicación que es predicación — el esfuerzo del púlpito por excelencia.

Para su logro exitoso, sin embargo, un predicador necesita ser un hombre de oración. Por cada hora que pase en su sillón de estudio, tendrá que pasar dos de rodillas. Por cada hora que dedique a luchar con un pasaje oscuro de la Sagrada Escritura, debe tener dos en las cuales se le encuentre luchando con Dios. Oración y predicación: ¡predicación y oración! No pueden separarse. El antiguo clamor era: «¡A tus tiendas, oh Israel!» El clamor moderno debería ser: «¡De rodillas, oh predicadores, de rodillas!»